

BIBLIOTECA CINE NACIONAL
Serie especial

Don Quijote de la Mancha



Interrupción de la serie

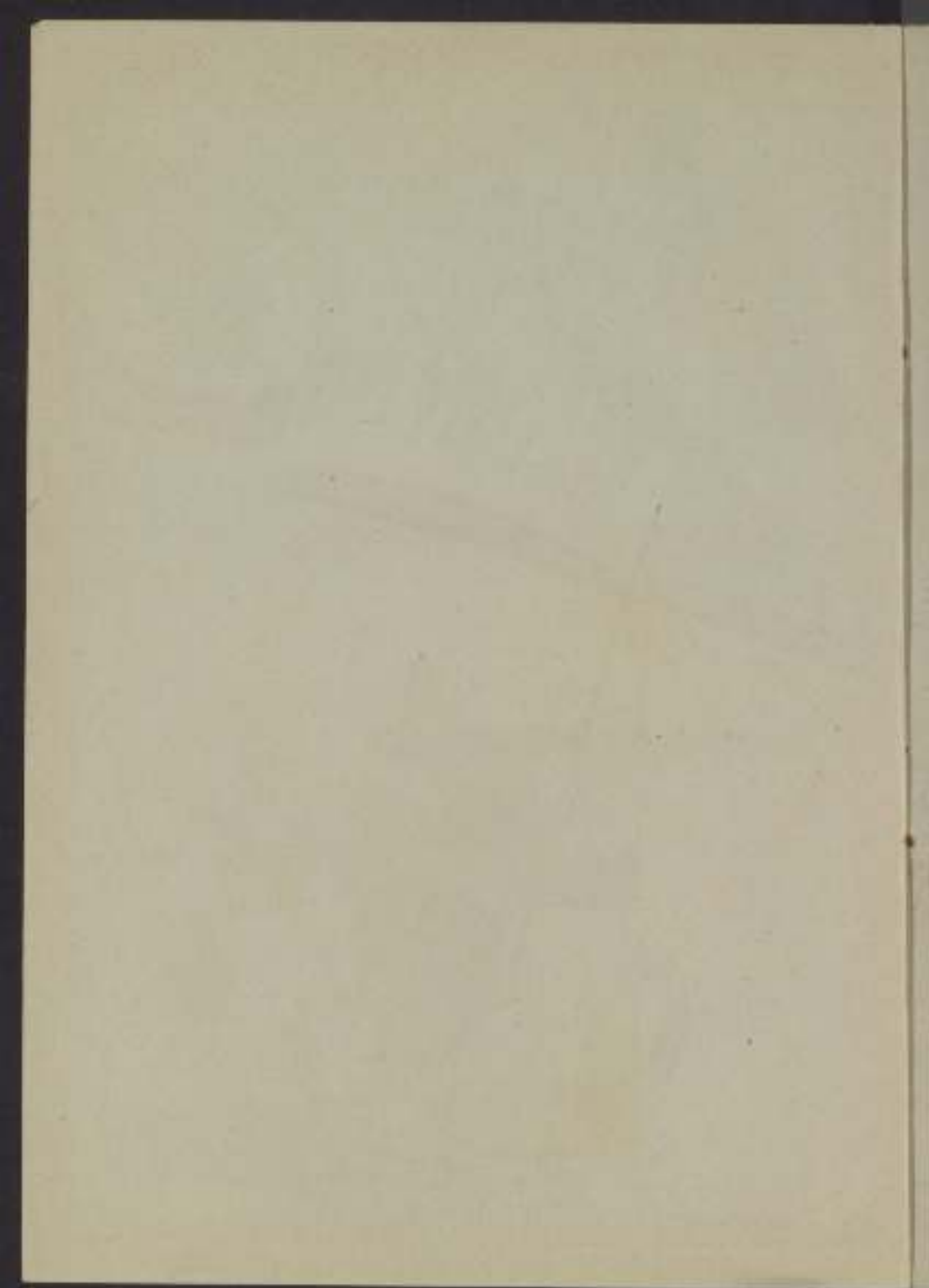
Dirección
Rafael Gil

Rafael
RIVELLES

Juan
CALVO

Sarita
MONTIEL







**DON QUIJOTE
DE LA MANCHA**



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70637
BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Pundador y Director:
RAMON SALA VERDAGUER
Apartado 707 - Teléfono 70637
Calle Valencia, 234
Dirección telegr.: EDITALAS



Centro de reparto:
**Sociedad General
Española de Librería**
Calle de Barbard, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO XXV

SERIE ESPECIAL

Núm. 37

Núm. 72

NÚMERO EXTRAORDINARIO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Según la inmortal novela de Don MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDITORIAL ALAS tiene por honor, el más alto de su historia editorial, el presentar al público español, sin regatear esfuerzo material alguno, la edición cinematográfica española más grande de todos los tiempos al coincidir el XXV aniversario de BIBLIOTECA FILMS con el estreno en nuestra patria de la gran superproducción fílmica de CIFESA.

Esta adaptación no es una más. Hacha con acendrado cariño en colaboración con la más alta intelectualidad española, será el presente que EDITORIAL ALAS—a la vanguardia de toda clase de ediciones literarias cinematográficas—ofrenda a toda la hispanidad en el glorioso centenario de la obra maravillosa, fruto sagrado de un espíritu y de una raza.

Agradecemos públicamente la cortesía de CIFESA al facilitarnos todas las fotografías que ilustran esta edición cinematográfica y que proceden de su prodigiosa superproducción DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

MADRID:

Avenida José Antonio, 41



VALENCIA:

Calle del Mar, 60

BARCELONA: Calle Valencia, 233

PRINCIPALES INTERPRETES

Don Quijote	RAFAEL RIVELLES
Sancho	JUAN CALVO
Antonia	Sera Montiel
Dorothea	Nani Fernández
Duquesa	Guillermina Grin
Telosa	Carmen de Lucio
Barbero	Manolo Morán
Cura	Juan Espantaleón
Duque	Guillermo Marín
Ventero	Félix Fernández

Director:

RAFAEL GIL

Síntesis lírica:

ANTONIO ABAD

Narración:

GINÉS DE PASAMONTE

A MANERA DE PRÓLOGO

Diálogo indiscreto entre Don Quijote y Sancho

— Mi señor Don Quijote, vuesa merced va a comparecer en el cine.

— ¿Qué cosa es el cine, Sancho amigo?

— Una máquina del diablo mismo, por la que nuestras andanzas habrán de aparecer para recreo de las gentes.

— ¿Dices que todas nuestras andanzas?

— Sí, por cierto; no ya nuestras figuras e aun los lugares por donde vamos e la gente que nos trata e nuestros ojos más particulares, sino que toda eso se habrá de ver en movimiento e acompañado de nuestras palabras.

— ¡Voto a tal! ¿Qué artificio es ese? Dígame que me parece cosa de hechicería, de encantamiento, frente a la que habrá de estar cauto e apercebido mi ánimo. ¿No será un nuevo monstruo contra el que deba luchar este andante caballero? Si así fuere, lanza y espada tengo prestas a la desigual contienda.

— No hay tal, señor, no hay tal. Esta vez las fantasmas no son cosa sobrenatural, sino arte de ingenio. Por todo el mundo se verá en blanco lienzo las más singulares hazañas de vuesa merced e aun los más alentados e altos de vuestros pensamientos. No ya en un libro, mas agora también en lienzos por todas partes repartidos, se

conocerán la vida, lances o grandeza invencibles de mi señor Don Quijote de la Mancha.

— ¡Albricias! Proclamo entonces tal arte la más peregrina y noble invención al, además, asegura a mi señora Dulcinea es la más bella e casta princesa e mi señor don Miguel de Cervantes el príncipe de los ingenios. ¡Apercíbete, pues, Sancho, para nueva e gloriosa salida por el mundo! A CIFESA proclamo Dulcinea de ese nuevo arte; suenen de continuo por toda la haza de la tierra CIFESA y su "Don Quijote de la Mancha".

— Vuesa merced está en lo cierto. Hay, además, otra buena nueva, la Casa Editorial ALAS, que dirige el hidalgo DON RAMÓN SALA, lanza con este motivo una edición refundida de la obra de nuestro señor.

— ¡Por la memoria de Amadís! ¿Cómo se atrevieron! La obra de mi señor Cervantes jamás ha de ser refundida por cualquier malandrín de esos caminos e insulas.

— Mi señor Don Quijote, EDITORIAL ALAS viendo con qué desagrado y objeciones iba a topar su proyecto, utilizó en la refundición y síntesis de las aventuras de vuesa merced los mismos e iguales párrafos que usó el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes para dar noticia a la posteridad de vuestras maravillosas aventuras. Su edición está ilustrada por las hermosas fotografías de la gran película de CIFESA, que como habéis proclamado antes as Dulcinea de este nuevo arte.

— Regocijémonos entonces, Sancho amigo. Me congratulo con DON RAMÓN SALA. Y después de placarme con su adaptación me hueiga con él muy mucho de tal acontecimiento. ¡Adelante hacia su imperio natural e bien ganado el ingenio español!

Por la transcripción:

EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO

LA LOCURA DE ALONSO QUIJANO

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Frisaba la edad de nuestro hidalgo en los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos.

Se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio...



¡Non fuyades, cobarde y vil criatura, que un caballero es el que os acomete! ¡Vive Dios que os haré conocer la fortaleza de mi brazo hasta que, derrotado y maltrecho, os rinda el peso de mi espada! Porque habréis de presentaros ante mi dulce señora e, hincado de rodillas, decirle, con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrana, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante». Estos y otros desatinos por el estilo, proferidos en altisonante y destemplada voz, constituían el pan de cada día en la casa de Don Alonso Quijano. Los que con él vivían (un ama que pasaba de los cuarenta años, una sobrina que no llegaba a los veinte y un mozo que lo mismo ensillaba un caballo que laboraba el campo) andaban en continuo sobresalto ante aquellas voces que solían ir acompañadas de destrozos en el mobiliario y que manifestaban un género de locura un tanto temible.

Sus dos grandes amigos, el señor cura y maese Nicolás, el barbero, llegaron a tener una seria inquietud por su estado y, aunque procuraban seguirle la corriente, no las tenían todas consigo.

—Sepan vuestras mercedes—les comunicó un día Don Alonso—que considero necesario y conveniente, así para el aumento de mi honra como para el servicio de la república, hacerme caballero andante e irme por todo el mundo, con mis armas y caballo, a buscar aventuras y a ejercitarme en todo aquello en que los caballeros andantes se ejercitaron, deshaciendo todo género de agravio y poniéndome en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobre eterno nombre y fama.

Ante aquella declaración ambos oyentes quedáronse mudos de asombro.

—Desde ahora—prosiguió—no será llamado Alonso Quijano,

sino Don Quijote de la Mancha, nombre que pareceme más acomodado a mi nueva condición y estado.

Y sin dejarles tiempo a responder, refirióles cómo había decidido bautizar a su caballo con el nombre de «Rocinante» y cómo había resuelto ponerse bajo la advocación de la sin par Dulcinea del Toboso, señora de sus pensamientos. Por conjeturas averiguaron después que se trataba de una labradora —Aldonza Lorenzo por más señas— de aquellas tierras.

Los dos compadres, convencidos ya de la anormalidad de su estado, se despidieron del señor Quijano, dando un moneo de cabeza, mientras éste, molido y sudoroso por el último combate que, espada en mano, había sostenido con el mobiliario, se dirigía a su cama, acompañado y sostenido por el ama y la sobrina.

El hecho es, que la manía caballeresca le absorbió de tal modo que un buen día, después de limpiar y disponer las viejas armas de sus antepasados y de ensillar a «Rocinante», salió de madrugada, sin que nadie lo viese, en busca de las tan codiciadas aventuras.

Mas, a poco, cayó en la cuenta de que no había sido armado caballero. Esto le entristeció y preocupó sobremedida durante el resto de la jornada. Por fortuna, en todo el día encontró quien le hiciese tal, ni quien con él se atreviese a contender. Pero a la tarde, a punto de anochecer, divisó una posada (que a sus ojos de visionario pareció castillo) y en ella se propuso hacer alto, para ser armado caballero y descansar.

A la puerta de la venta encontró unas mozas que, al ver su extraña catadura (embutido como estaba en su armadura y caballero en tan flaco y desvencijado rocín), sintieron temor e hilaridad a un tiempo.

—¡No huyan vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno...!—advirtió Don Quijote, tomándolas por ilustres damas del castillo.

Las mozas se internaron en el patio de la venta riéndose, y tras ellas se fué nuestro hidalgo, ausente por completo de la realidad. Descendió de su cabalgadura y mientras las mozas, con afectado y excéntrico ademán, le ayudaban a despojarse de su pesada armadura, llegó el ventero. La misma impresión, grave y

jocosa a la vez, produjo Don Quijote al tal ventero, quien con tono respetuoso y algo burlón, le preguntó:

—¿Qué se le ofrece a vuestra merced?

—Para mí, señor castellano—contestó Don Quijote, tomándola por alcalde del castillo—, cualquiera cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear».

No necesitó oír más el ventero, hombre ducho en el trato de toda suerte de gentes, para percatarse de la locura de su huésped y así, con ceremonioso ademán, le admitió e introdujo en la venta.

Don Quijote, a quien no abandonaba un instante la idea de ser armado caballero, después de haber cenado parcamente, se dirigió a solas al ventero: ante quien se postró de rodillas suplicándole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero...

—¡Levántese vuestra merced — respondió inquieto el ventero —, que yo prometo atenderos!

Don Quijote le expuso su deseo de ser armado caballero.

—Para ello—añadió—esta noche velaré las armas en la capilla de este castillo.

—Siento no poder complaceros en esto—excusóse el ventero—, pero la capilla fué derribada para construir otra. Mas no desesperé vuestra merced: la vela de las armas la podréis hacer es un patio de este mi castillo, pues así lo consienten y ordenan en estos casos las reglas de la andante caballería.

Así lo acordaron, y nuestro héroe salióse con sus armas a un corral antiguo y, depositándolas sobre un pilón, cogió la adarga y la lanza y comenzó a dar en torno largos y ceremoniosos paseos.

La luna llena, abriéndole las armas con sus fulgores plateados y proyectando alargada e imponente la extraña sombra de Don Quijote, daba a la escena un tinte épico-burlesco, que los arrieros y trajinantes —espectadores prosaicos— no sabían apreciar en toda su magnitud. Ocultos en las sombras, reíanse de la extraña locura de tan extraño caballero.

Un arriero, ignorante de la situación, entró con su mula en

el patio para darla de beber. Acercóse al pilón sin tomar en cuenta a Don Quijote y cuando empezaba a quitar las armas de donde las puso el hidalgo manchego, éste le increpó destemplado:

—¡Oh, tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces y no las toques si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

El arriero escuchó este parlamento como quien oye llover, y, ni corto ni perezoso, derribó de un golpe el resto de las armas que sobre el pilón quedaban. Lo mismo fué hacer esto que tomar Don Quijote su lanza y descargar un terrible golpe sobre el inconsciente arriero, mientras se encomendaba a su Dulcinea, exclamando:

—¡Socorredme, señora mía, en esta mi primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece, no me desfallezca en este primer trance vuestro favor y amparo!

El pobre arriero cayó derribado por el golpe, y ante tales sucesos todos cuantos observaban la escena por curiosidad sintiéronse indignados y fuéronse a Don Quijote, dispuestos a reducirle. Pero no fué tan fácil. La ayuda espiritual que de su dama recibió, de tal manera había fortalecido el ánimo de Don Quijote, que llegaron a cobrar miedo los arrieros. Las piedras tropezaban en la rodea y el ventero, que sabía que por loco se libraría del castigo hiciese lo que hiciese, les detuvo. Al fin, convencidos y algo amedrentados, se retiraron.

Lo difícil fué luego acallar a Don Quijote, justamente airado por la falta de lealtad del dueño del castillo. Sin embargo, el ventero, decidido a acabar aquello antes de que diera lugar a mayores males, dirigiéndose al futuro andante caballero, se excusó:

—Habréis de disculpar la insolencia de esta gente baja; bien castigados quedan de su atrevimiento y a lo que se me alcanza presto habéis de ser armado caballero, por cuanto dos horas de vela bastan, según las ordenanzas, para ser armado caballero; cuanto más vos, que lleváis cuatro. A la postre, lo importante es el espaldarazo.

Don Quijote, ante esta perspectiva, olvidó todo lo demás y el

buen ventero, dispuesto a seguirle en lo posible la corriente, mandó traer un libro (donde habitualmente apuntaba las cuentas y las provisiones) para que hiciera las veces de Evangelio.

Con un tono grave que apenas podía ocultar su risa, comenzó a rezar ininteligibles oraciones, haciendo como que leía. Detuvo un momento su lectura para dar el pescózn de ritual sobre el cogote de Don Quijote, que se hallaba de hinojos, con unción religiosa. Prosiguió la letanía. Se interrumpió de nuevo y esta vez, tomándole la espada, le dió el espaldarazo.

Hecho esto, el ventero ordenó a una de las mozas que le ciñera la espada. Conteniendo a duras penas la risa, así lo hizo y, en terminando, le dijo:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso y le dé ventura en lides.

—¿Cómo os llamáis, hermosa dama? — preguntó rendido el nuevo caballero.

—Tolosa es mi nombre, señor—respondió la cultada—. E hija soy de un remendón de Toledo; y donde quiera que me hallareis os serviré y tendré por señor.

—Hacedme, señora, merced de llamarme en adelante Doña Tolosa. ¿Y vos?—añadió dirigiéndose a la otra.

Molinera se llamaba y también accedió a ser desde aquel día Doña Molinera.

Hechas, pues, a galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora de verse a caballo y salir buscando aventuras.

Con palabras emocionadas se despidió del ventero y las mozas, y allá se fue, más contento que un chico con traje nuevo, arrastrado en pos de su caballeresco ideal.

SANCHO PANZA

Al salir de la venta se acordó Don Quijote de que el ventero —señor del castillo para él— le habló de la necesidad de llevar consigo dinero y alguna ropa. Esto, y la conveniencia de hacerse acompañar de un escudero, sin el que jamás caballero alguno se lanzó a la aventura, le hicieron volver grupas hacia su lugar. Pero, he aquí que, después de caminar un rato, se encontró un tropel de gentes —mercaderes toledanos— que venían en dirección contraria a la suya y que, a su fantasía caballeresca le depararon la primera ocasión de aventura.

Detuvo el trote de «Rocinantes» a corta distancia de los trajinantes y alzando la voz les increpó:

—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo, doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Los mercaderes se quedaron atónitos ante aquella manifestación. Uno de los más jóvenes, queriendo chancearse, le replicó:

—Señor caballero: nosotros no conocemos quien sea esa buena señora que decís; mostrámosla, que si ella fuese de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos pedís.

—Si os la mostrara — concluyó Don Quijote, picado por la burla—, ¿qué hiciérais vosotros confesando una verdad tan notoria?

Las risotadas de los mercaderes acabaron de desatar la ira del andante caballero que, sin más preámbulos, se lanzó contra el joven, lanza en ristre, mas con tan mala fortuna que «Rocinante», poco ducho en aquellos lances, tropezó, dando en el suelo caballo y caballero. Allí fué de ver la risa y las burlas de los mercaderes.

—¡No huyáis, gente cobarde!—exclamó Don Quijote desaforado— ¡Esperad! ¡Que no por culpa mía, sino de un caballo, estoy aquí tendido!

Ante estas razones, un mozo de mulas, viéndole imposibilitado de levantarse por el impedimento de la armadura y el dolor de la caída, se acercó a él y tomándole la lanza se la rompió en la celada de un golpe.

Celebrando la cómica aventura con chistes y risas, se marcharon al fin los trajinantes dejando al pobre caballero en el suelo, tullido y derrotado. Allí se estuviera qué sé yo el tiempo,* si un labrador, vecino suyo que por allí pasaba, no le socorriera.

—Pero, señor Quijano — dijo al reconocerle— ¿Quién ha puesto a vuestra merced de esta suerte?

—¡Ah, mi querido duque de Mantua!—suspiró Don Quijote, siguiendo en su manía de tomar al primer arriero por duque y a la más vulgar fregona por princesa— Que estos follones descomedidos se aprovecharon de la flaqueza de mi «Rocinante»...

El buen labrador, dudando de los desvaríos de su vecino, le ayudó a despojarse de su armadura, y poniéndola con sus armas sobre «Rocinante» montó a Don Quijote, molido y maltrecho, sobre su asno.

Al atardecer llegaron por fin a la mansión del hidalgo y allí le dejó el labrador.

—Ténganse todos—dijo Don Quijote a los suyos (su sobrina, el ama, el señor cura y maese Nicolás) que le esperaban—, que vengo mal herido por culpa de mi caballo. Lléveme a mi lecho

y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure mis heridas.

Lo que necesitaba era reposo y en todo caso un médico. Le llevaron en efecto a la cama. Su ausencia de aquel día había sembrado la inquietud y la preocupación entre aquellas gentes. Queriendo atajar, en cuanto fuera posible el mal, se reunieron en concioave cuando ya el caballero estuvo en la cama.

—¿Qué le parece a usted, señor licenciado Pero Pérez—preguntó el ama al señor cura—de la desgracia de mi señor? ¡Desventurada de mí! Que me doy a entender, y así ello es verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suelo leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio. Que ahora me acuerdo de haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos... ¡Encomendados sean a Satanás y a Barrabás los tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha!

—Sepa, señor maese Nicolás—corroboró la sobrina—, que muchas veces le aconteció a mi señor tío, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras, dos días con sus noches al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano a la espada y andaba a cuchilladas con las paredes y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres y el humor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla. Y bebíase luego un gran jarro de agua fría y quedaba vino y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo.

Con estas razones, todos renegaron a una de tan perniciosas lecturas que habían trastornado el juicio, antes equilibrado y discreto, del hidalgo manchego.

—Yo me tengo la culpa de todo—gimoteó la sobrina al fin—que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado y quemaran todos esos descomulgados libros. Que tiene muchos que merecen ser abrasados como si fueran de herejes...

No hubo más que hablar. Aprovechando el sueño del malaventurado hidalgo, sacaron de su biblioteca todos cuantos libros hallaron y pusieron a la tarea de hacer un escrutinio, destinando los más de ellos a la hoguera y guardando tan sólo unos pocos, que, por su valor literario y su inofensividad, no merecían tal suerte.

Estando en esto, comenzó a dar voces Don Quijote clamando:

—Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros brazos; que los cortesanos llevan lo mejor del torneo...

Cuando acudieron al aposento, hallaron a Don Quijote levantado de la cama, vociferando y dando cuchilladas y reverses a diestro y siniestro. Acercáronse a él y por fuerza le volvieron a la cama.

—Por cierto, señor arzobispo Turpin—dijo el andante caballero, dirigiéndose, un poco sosegado ya, al cura—, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin más ni más llevar la victoria de este torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado la prez en los tres días antecedentes.

—Calle vuestra merced, señor compadre—dijo el cura—, que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde mañana se gane; y atienda vuestra merced a su salud por ahora, que me parece que debe estar demasiado cansado, si ya no es que está malherido.

—Herido, no—replicó Don Quijote, picado en su orgullo—; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina y todo de envidia, porque ve que yo sólo soy el puesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldo de Montalbán, si en levantándome de este lecho no me lo pagare a pesar de todos sus encantamientos; por ahora, tráiganme de yantar que sé que es lo que más me hará al caso y quedese lo de vengarme a mi cargo.

Hiciéronlo así: diéronle de comer y quedóse otra vez dormido y ellos admirados de sus locuras, se retiraron para concluir la

quema comenzada. Encendióse la pira de libros y para mayor seguridad, tapiaron la puerta de la biblioteca de manera que cuando Don Quijote se levantó, toda una mañana se le fué en buscar la biblioteca y sus libros. Al cabo, preguntó al ama qué había sido de su aposento y de sus libros.

—¿Qué aposento o qué anda buscando vuestra merced?—preguntó la aludida, simulando extrañeza—. Ya no hay aposento ni libros en esta casa; porque todo se lo llevó el mismo diablo.

—No era diablo—replicó la sobrina—, sino un encantador que vino en una nube, y apeándose de una siorpe en que venía caballero, entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que a poco salió volando por el tejado, dejando la casa llena de humo; y cuando acudimos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libros ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo de partir aquel mal viejo, que por enemistad secreta que tenía el dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho aquel daño; dijo también que se llamaba Fristón.

—Fristón, diría—rectificó Don Quijote, convencido de la veracidad de su sobrina,

—No sé—replicó el ama—si se llamaba Fristón o Fritón; sólo sé que acabó en «ton» su nombre.

—Así es—explicó Don Quijote—que ése es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de esto?—dijo la sobrina—. ¿Pero quién le mete a vuestra merced señor tío, en esas pependencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar pan de trasiego, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados?

—¡Oh, sobrina mía—respondió Don Quijote—, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me trasquilen, tendré

peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

No quisieron seguir en la discusión por no encender la cólera del buen hidalgo.

En este tiempo, solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera. Tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó a salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitarme allá esas pajas una insula y le dejase a él por gobernador de ellas. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó a su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino.

Buscaron dineros, se pertrecharon de lo imprescindible y determinaron salir para el día siguiente de madrugada.

—Sancho amigo—aconsejó por último Don Quijote—, no olvides las alforjas.

—Sí, por cierto que las llevaré—respondió el aludido—, y asimismo me permitiréis que lleve mi asno que es muy bueno, cuanto más que no estoy muy ducho en eso de andar a pie.

Don Quijote hizo un reparo.

—No recuerdo—dijo, dubitativo—si algún caballero andante trajo escudero caballero asnalmente; mas con todo, llévalo: yo te acomodaré de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topemos.

En el día y hora fijados y sin despedirse de nadie salieron hidalgo y escudero de su casa. Grandes hazañas y luengas aventuras se prometía Don Quijote. Después de caminar un rato, lejos ya de su lugar, Sancho, que no se le iba de la cabeza la idea de ser un día gobernador de una isla, dijo a su amo:

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se olvida lo que de la insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.

—Has de saber, amigo Sancho Panza—respondió Don Quijo-

te—, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernantes a sus escuderos de las insulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella, porque ellas algunas veces (las más) esperaban a que sus escuderos fuesen viejos y después de estar hartos de servir y de llevar malos días y peores noches les daban algún título de conde o por lo mucho de marqués de algún valle o provincia de poco más o menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podía ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese otros a él adheridos que viniesen de molde para coronarte por rey en uno de ellos. Y no lo tengas a milagro, que cosas y casos acontecen a tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad se podrá dar aun más de lo que prometo.

—De esa manera—respondió Sancho encandilado—, si ya fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, Teresa, mi mujer, vendría a ser reina y mis hijos infantes.

—¿Pues quién lo duda?—inquirió Don Quijote.

—Yo lo dudo—aseguró Sancho— porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ni uno asentaría bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor y aun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, que él te dará lo que más te convenga; pero no apagues tanto tu ánimo que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

—No haré tal, señor mío—respondió el escudero—, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabría dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que había por aquellos campos de Montiel; y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, treinta o pocos más desaforados gigantes con quien pienso presentar batalla y quitarles a todos la vida, con cuyos despojos comenza-

remos a enriquecer; que ésta es buena lid y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?—preguntó Sancho, extrañado.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo, señalando los molinos— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —replicó Sancho, sobresaltado— que aquellos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas.

—Bien parece —exclamó displicente Don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras!; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración mientras yo entro con ellos en fiera y desigual batalla.

De nada valieron los avisos del buen Sancho. Cubierto de su adarga y enristrando la lanza, arremetió a todo galope de «Rocinante», gritando:

—¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete! Pues aunque mováis más brazos que el gigante Briarco, me lo habéis de pagar.

Embistió al primer molino que topó y dando una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando maldicho por el campo.

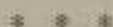
Acudió Sancho Panza a todo el correr de su asno y cuando llegó hallóle que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con «Rocinante».

—¡Válame Dios!—exclamó Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió Don Quijote, dolorido—, que las cosas de las guerras más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemis-

tad que me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

Y hablando, hablando, se le fué el resto de la mañana, hasta que llegaron a las inmediaciones de Puerto Lapice, donde, según Don Quijote, no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero.



—Aquí—dijo Don Quijote al divisar Puerto Lapice—podemos, hermano Sancho, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderte si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fuesen caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero.

—Digo que así lo haré—respondió Sancho—y que guardaré este precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones vieron aparecer por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros en sendas mulas. Detrás de ellos venía un coche con cuatro o cinco de a caballo que les acompañaban y dos mozos de mulas a pie.

Apenas los divisó Don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño o ésta ha de ser la más famosa aventura que jamás se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche y es menester deshacer este entuerto a todo mi poderío.

—Peor será esto que los molino de viento—dijo Sancho, santiguándose—; mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito y el coche debe ser de alguna gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho—replicó Don Quijote, fijo en sus trece—, que sabes poco de achaques de aventuras. Lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto, se adelantó hacia los frailes y les gritó con portentosa voz:

—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos a recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.

Ante tan peregrinas razones, los frailes se detuvieron estupefactos y amedrentados.

—Señor caballero—comenzó a decir uno de ellos—, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas—replicó Don Quijote, colérico—, que ya os conozco, fementida canalla.

Y sin esperar más respuesta, picó a «Rocinante» y la lanza baja arremetió contra el primer fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado y aun malherido si no cayera muerto. El otro religioso huyó despavorido.

Satisfecho de su hazaña, fuese Don Quijote al coche y allí apostrofó a las damas que en él viajaban, justamente inquietas por su conducta:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede hacer de su persona lo que más le viniera en talante, porque ya la sombra de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no penséis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he hecho.

Oyendo todo esto y viendo que el coche no proseguía su mar.

cha, un escudero vizcaíno de los que le acompañaban le asió la lanza y en mal castellano y peor vizcaíno le increpó:

—Anda, caballero, que mal andes: ¡por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí, vizcaíno!

—Si fueras caballero como no lo eres—respondió Don Quijote, que le había entendido muy bien—, yo ya hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

—¿Yo no caballero?—exclamó el vizcaíno, ofendido—. Juro a Dios tan mientes como cristiano; si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuan presto veías que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo y mientras que mira si otra dices cosa.

—¡Ahora lo veredes, dijo Agrajes—exclamó airado Don Quijote, arrojando la lanza y sacando la espada.

Imposible describir lo que allí hubo. La batalla campal, con alternativas favorables y desgraciadas por su parte, se decidió al fin en su favor. Merced al refrigerio y fortaleza interior que el recuerdo de su señora Dulcinea le proporcionó, tras de haber recibido un tajo que le partió la oreja izquierda, se arrojó con todo su peso contra su contrincante y le asestó tan terrible golpe con su espada que vino a dar con él en el suelo. Cuando lo vió caer, se aprió Don Quijote de su rocín y poniéndole la espada entre ceja y ceja, le instó a que se rindiese o le habría de cortar la cabeza. Tan turbado estaba el vizcaíno que no pudo responder palabra y no pronunciara más si las damas del coche no vinieran en su auxilio pidiendo encarecidamente perdonase la vida a su escudero.

—Por cierto, hermosas señoras—accedió Don Quijote—. Yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer ir al Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que más fuere de su voluntad.

—Os prometemos, leal y esforzado caballero—respondieron sin preguntar siquiera quién podía ser la tal Dulcinea—, que hará todo cuanto mandéis.

—Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, aunque se lo tenía bien merecido —y diciendo esto, dió media vuelta, montó en «Rocinante» y se largó.

Sancho Panza, que había presenciado con terror y congoja inaudita el lance, se hallaba pasmado de ver la gloriosa hazaña que su señor había llevado a término y, ni corto ni perezoso, se llegó a él y cogiéndole la mano le imploró:

—Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mío, de darme el gobierno de la insula que en esta pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas para gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado insulas en el mundo.

—Advertid, hermano Sancho. —replicó Don Quijote—, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de insulas sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino aun más.

Agradecióselo mucho Sancho; subió en el rucio y prosiguieron su camino.

—Las heridas que se reciben en las batallas—íbale diciendo Don Quijote a su escudero—antes dan honra que la quitan; así que Panza, amigo mío, vamos de aquí antes que venga la noche y nos salte en este despoblado.

Lo ajetreado y achacoso del día que tan aventureramente habían llevado les tenía molidos, singularmente a Don Quijote, que, por más delicado, había sentido los descabros con mayor dolor.

Llegáronse, pues, cerca de una venta que, muy a pesar de Sancho, Don Quijote tomó por castillo, y hasta su interior penetraron porfiando cada cual sobre si era venta o castillo.

Al ver el ventero tan quebrantado al hidalgo, preguntó a su escudero qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada sino que había dado una caída de una peña abajo. Lleváronle a un dormitorio donde compartían con un arriero, si no la cama sí el aposento, y acomodáronle lo mejor que pudieron en un camaranchón desvencijado, con indicios de haber sido pajar, con un colchón que más parecía de guijarro que de lana y dos sábanas

hechas de cuero de adarga. Allí acudieron solícitas a cuidarle la ventera, su hija y una moza de servicio a quien llamaban Maritornes.

Poniéndole emplastos para sus heridas y quebrantados estaban cuando Maritornes preguntó a Sancho:

—¿Cómo se llama este caballero?

—Don Quijote de la Mancha—respondió Panza, orgulloso—, y es caballero aventurero y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto.

—¿Qué es caballero aventurero?—interrogó, ignorante de tales cosas, la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis?—replicó Sancho—. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más dedichada criatura del mundo y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos para dar a su escudero.

—Pues, ¿cómo vos, siéndolo de este gran señor—dijo la ventera—, no tenéis a lo que parece, siquiera algún condado?

—Aun es temprano—respondió Sancho—, que no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea: verdad es que si mi señor Don Quijote sana de esta herida o caída, y yo no quedo contrahecho de ella, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

—Creedme, hermosa señora—terció Don Quijote, tomando la mano de la ventera—, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habéis hecho para agradeceróslo mientras la vida me durare; y plugiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y sujeto a sus leyes y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los de esta hermosa doncella—terminó, aludiendo a la hija del ventero— fueran señores de mi libertad.

No entendieron ni una jota de aquel desusado y altisonante lenguaje, pero cuerdamente imaginaron por sus ademanes que

decía requiebros y mostrábase agradecido. Así, pues, fuéronse muy contentas y admiradas de la gentileza del andante caballero.

Llegada la noche, ocurrióle a Don Quijote la más extraordinaria aventura que imaginar quisiera, y fué que la Maritornes (que había quedado en verse con el arriero aquella noche) entró en el aposento llevando un candil, al que una corriente de viento apagó la luz. Verla venir y erguirse Don Quijote 'la quien las heridas le tenían por su mal despierto', pensando que era la hija del dueño del castillo que enamorada le venía a ver, fué todo uno. Cuando, camino del lecho del arriero pasó por su lado la moza, Don Quijote, sin encomendarse a Dios ni al diablo, la agarró fuertemente por la muñeca y la atrajo hacia sí mientras con voz tremenda le decía:

—Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de pagar tan gran merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habedades hecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho donde me hallo tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer la vuestra, fuera imposible; y más que se añade otra imposibilidad mayor, que es la prometida fe que tengo prometida a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ofrece.

¡La que allí se armó! Viendo el arriero que tenía sujeta a su moza, se acercó a su lecho a oscuras como estaban, enarboló el brazo y descargó tan terrible puñetazo sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió a las costillas y con los pies más que al trote, se la recorrió todas de cabo a rabo. Vinose abajo el endeble lecho de Don Quijote y al ruido acudió el ventero, imaginando trapisondas de la Maritornes. Esta se refugió en la cama de Sancho, quien, al no ver de quien se trataba, comenzó a dar palos de ciego. El arriero para defender a su moza y el ventero para castigarla, acudieron también donde sonaban los golpes.

¡Y allí fué la suya! Daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza y todos menudeaban con tanta prisa que no dejaban punto de reposo. Dábanse tan sin compasión todos a bulto, que adonde quiera que ponían la mano, no dejaban cosa sana. Llegóse allí entonces un cuadrillero de la Santa Hermandad (1) que allí se alojaba y reclamó orden gritando:

—¡Ténganse a la Justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!

El primero con quien tropezó fué con Don Quijote, al que creyó muerto porque sin sentido se hallaba postrado en el suelo.

—¡Ciérrese la puerta de la venta!—ordenó—. Cuiden no se vaya nadie, que ha muerto aquí un hombre.

Sobresaltados, se escabulleron todos, el ventero el primero, para hurtar el cuerpo a tal responsabilidad. Y el cuadrillero salió en busca de un candil, que tardó mucho tiempo en hallar.

Entre tanto, Don Quijote, que por milagro recobró el sentido, habló a Sancho:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

—¡Qué tengo de dormir!—respondió el interrogado—, que no parece sino que todos los diablós han andado conmigo esta noche.

—Puédeslo creer así sin duda, porque o yo sé poco o este castillo está encantado. Porque has de saber... (guarda bien el secreto) que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer: sabrás que poco ha vino a mí la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas que por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea dejare pasar intactas y en silencio? Sólo quiero decirte que envidioso el cielo de tanto bien como el cielo me había puesto en las manos o quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos coloquios,

(1) La Santa Hermandad tenía, en tiempos en que se desarrolla esta peregrina historia, la misión que hoy tiene la Benemérita Guardia Civil.

sin que yo lo viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asestóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre y luego me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer, cuando nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la hermosura de esta doncella, le debe guardar algún encantado moro y no debe ser para mí.

—Ni para mí tampoco—respondió Sancho—, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado. ¡Desdichado de mí, que ni soy caballero andante, ni lo pienso ser jamás y de todas las malandanzas me cabe la peor parte.

Entró entonces el cuadrillero, en camisa y alumbrándose con un candelil, y al verlo, preguntó Sancho:

—Señor, ¿si será este mismo, el moro encantado que nos vuelve a castigar, si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro—respondió Don Quijote—, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

—Si no se dejan ver, déjanse sentir—dijo el buen escudero—, si no, díganlo mis espaldas.

Al verlos en tan sossegada conversación, acercóse el cuadrillero a Don Quijote, todavía inmóvil, y le preguntó:

—¿Cómo le va, buen hombre?

—Hablara yo con más crianza si fuera vos—replicó Don Quijote, ofendido por aquel compadreo—, ¿Usase en esta tierra hablar de esa suerte a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal por un hombre de tan mal parecer, le atizó con el candelil a Don Quijote, de suerte que le dejó escalabrado y a oscuras y salióse luego. A lo que Sancho Panza rezongó:

—Sin duda, señor, que éste es el moro encantado y debe guardar el tesoro para otros y para nosotros sólo guarda los mamarrós y candelazos.

Dejando esta cuestión, mandó Don Quijote a su escudero que se pertrechara de aceite, vino, sal y romero, con que hacer el salutífero bálsamo de Fierabras en que tenía puestas las esperanzas de curación. Cuando al cabo trajo lo que le habían pedido,

lo mezcló y lo coció y se dispuso a beberlo. Apenas había probado medio vaso de aquella infernal pócima cuando el bueno de Don Quijote comenzó a expulsar a grandes arcadas lo que bebió y todo cuanto su delicado estómago podía contener, de manera que le dió un copioso sudor; se arropó, se durmió y después de tres horas se despertó tan aliviado y eufórico que verdaderamente creyó hallado el tal bálsamo. No tuvo tan gran suerte Sancho que (de estómago menos delicado) no pudo arrojar nada, sino que pasó la tarde en ansias y angustias inauditas, tan atroces que creyó llegado la hora de su muerte. Cuando tales estragos vió que el pílingue causaba en su escudero, dijo Don Quijote:

—Yo creo que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe aprovechar a los que no lo son.

—Si eso sabía vuestra merced—replicó Sancho al que se llevaban todos los diablos—, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿Para qué consintió que lo gustase?

Después de mil angustias, vinoles la hora de partir. Ensillaron las cabalgaduras, aprestaron sus bagajes, y a la hora de marchar, Don Quijote habló así al ventero desde lo alto de «Rocinante»:

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcalde, que en este vuestro castillo he recibido y quedo obligadísimo a agradeceroslas todos los días de mi vida. Si os la puedo pagar en vengaros de algún soberbio que os haya hecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos y castigar alevosías.

—Señor caballero—respondió el ventero con sossegada calma—, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen, sólo he de menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada, como la cena y camas.

—¿Luego venta es ésta?—dijo Don Quijote, extrañado.

—Y muy honrada—respondió el hostelero.

—Engañado he vivido hasta aquí—replicó el andante caballero—, que en verdad que pensé que era castillo y no malo, pero

pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podía hacer por ahora es, que perdonéis por la paja, que yo no puedo contravenir a la Orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuvieren, porque se les debe de fuera y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, con el calor y con el frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos de la tierra.

—Poco tengo yo que ver con eso—repuso el ventero—; págueme lo que se me debe y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

—Vos sois un sandío y mal hostelero—dijo Don Quijote, picando espuelas a «Rocinante». Y terciando su lanza, se salió de la venta sin que nadie le detuviese.

El ventero entonces acudió a cobrar a Sancho Panza.

—Pues mi señor no ha querido pagar—excusóse el pobre escudero—, tampoco yo pagaré, porque siendo escudero como soy, de caballero andante, la misma razón y regla corre por mí como por mi amo.

Portiaron aun un trecho, y al fin unos trajinantes, jueguistas y malintencionados que allí había decidieron cobrar a Sancho en la moneda en que acostumbraba a pagar: en palos y mamporros. Trajeron al efecto la manta de su cama y comenzaron a mantearle con ella, dándole tantas y tan fieras volteadas que los gritos del pobre Sancho se escucharon en el Toboso. El último en enterarse fué Don Quijote, fuera ya de la venta, alejado algunos cientos de metros, quien al escucharlos, volvió grupas iracundo. Pero llegó tarde: las puertas estaban cerradas y no pudo sino insultar y donostiar a grandes voces a los manteadores, así que vió la escena desde lo alto de la pared del corral. Cuando de puro cansados le dejaron, la compasiva Maritornes acudió a él con un jarro de agua.

—¡Hijo Sancho!—gritó Don Quijote al percatarse de ello—.

No bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: aquí tengo el santísimo bálsamo, que son dos gotas que de él bebas sanarás sin duda.

—¿Por dicha hásele olvidado a vuestra merced que yo no soy caballero o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche?

Esto dijo Sancho y comenzó a beber, pero al caer de la cuenta que era agua, con lastimosa voz y ademán implorante, rogó a la Maritornes:

—¿No podías traerme vino?

NUEVAS AVENTURAS

—Este es el día, ¡oh, Sancho!—habló Don Quijote después que anduvieron un buen trecho—, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: éste es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo y en que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda ella es majada de copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esta cuenta, dos deben ser—adujo Sancho—, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra polvareda semejante.

En efecto, por ambos lados venían a encontrarse dos grandes rebaños de ovejas y carneros, levantando ambos tan grande polvareda que imposible era a tal distancia distinguirlos. Don Quijote, con su nunca vista fantasía, tomólos por ejércitos que se aprestaban a luchar.

—Señor—preguntó Sancho—, ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué?—respondió Don Quijote—. Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos. Has de saber, Sancho, que esto que viene por nuestra frente le favorece y guía el gran Emperador



—...y pues ese es el yelmo de Mambrino, déjame a solas con él; verás cuán pronto queda por mozo...



Puesto Sancho en mitad de la monta comenzaron a levantarlo en alto y a holgarle con él...



... y el vicario lo pisara mal si las señoras no fueran a Don Quijote y le pidieran merced...



... que le hizo soñar que ya estaba en la pelea con su enemigo ...



— Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido.



— ... y esta noche vela-
ré las armas, para poder ir
por todas partes buscando
las aventuras...



— ¿Dónde está, señora
mía, que no te duela ni
mal?..



El caballero de los Es-
pejos blandió su espada
ante Don Quijote



... pero jamás he leído,
visto ni oído que a los ca-
balleros encantados los
lleven de esta manera...



— Soy de parecer que
vuesamercé hínque y me-
ta la espada a este que pa-
rece el bachiller...



Fra el bachiller Sansón
de muy buen entendimien-
to, malicioso y amigo de
burlas.



Don Quijote arremesó
con denuesto...



... y así, sin más alarcar,
subió sobre Clavileña.



— ... ¿Cómo tengo de
cominar, desventurado yo,
que no pueda jugar las
choqueruelas de las radi-
llas... ?



El doctor Pedro Recio de
Tordesillas cuidando de
Sancho, gobernador de la
ínsula Barataria...



Yace aquí el hidalgo fuerte,
que a tanta extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Alifanfarón, señor de la gran isla de Trapobana, y este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantes, Pentapolin del atremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues, ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores?—inquirió Sancho con su habitual simpleza.

—Quiérense mal—contestó Don Quijote—porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana y su padre no la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se convierte a la suya.

—Para mis barbas—comentó Sancho—, si no hace muy bien Pentapolin y que lo tengo de ayudar en cuanto pudiera.

—En eso harás lo que debes, Sancho; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

Y en este punto, comenzó Don Quijote a enumerar y describir caballeros del uno y otro escuadrón, que él se imaginaba y a todos les dió sus armas, escudos, empresas y mote. Sancho, que a ninguno vela, preguntó a su amo:

—Señor, encomiendo al diablo si hombre ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; a lo menos yo no los veo; quizás todo debe ser encantamiento como los fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso?—respondió Don Quijote en el colmo de su asombro—. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?

—No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros.

—El miedo que tienes te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derechas. Porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no aparezcan lo que son. Y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto, enristró la lanza y picando espuelas se lanzó como un rayo al punto donde ambos rebaños se iban encontrando.

—Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote — gritábale

Sancho—, que voto a Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir. ¡Desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta? Mire que no hay gigantes, ni caballero alguno, ni armas, ni escudos partidos ni enteros. ¿Qué es lo que hace? Pecador, soy yo a Dios.

Ni por esas volvió Don Quijote. Antes arremetió con denuedo sin «gual, arengando a las ovejas:

—Ea, caballeros, los que militáis bajo las banderas del valeroso Emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos y veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Atifanfaron de Trapobana.

Comenzó a lancear sin compasión a ovejas y carneros, y al verlos los pastores, sacaron sus hondas y la emprendieron con el caballero hasta que dieron con él en tierra malherido y sangrando. Creyendo que lo habían muerto, recogieron las víctimas (pasaban de siete) y huyeron los malsines más que del caballero, de la Santa Hermandad que podía venir de un momento a otro.

Cuando Sancho divisó a su amo, tan postrado y molido, se mesó con furia las barbas y atribulado y desesperado, acudió a él.

—¿No le decía yo, señor Don Quijote, que los que iba a acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?

Todo en vano. Don Quijote lo achacó a encantamiento.

—Llégate a mí—añadió el maltratado hidalgo— y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguna en la boca.

Hízolo así el buen escudero, y al cabo preguntó:

—¿Cuántas muelas solía tener vuestra merced de esta parte?

—Cuatro—respondió Don Quijote— fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Pues en esta parte de abajo, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de mi mano.

—¡Sin ventura yo!—exclamó Don Quijote, acongojado—, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada.



Quiso la suerte que un barbero transitase por aquel lugar donde Don Quijote y Sancho discurrían sobre muchas y variadas cosas. Montaba un asno pardo con muy buenos arreos, y como quiera que había comenzado a lloviznar un poco, tocábase la cabeza con una bacía (especie de jofaina) que relucía como el oro. Tan pronto como lo vió nuestro hidalgo, imaginóse que se trataba de un caballero portador del yelmo de Mambrino. Nueva ocasión para nueva aventura. No valieron advertencias del discreto Sancho: picó a «Rocinente» y enristrando el lanzón se lanzó sobre el barbero, gritándole:

—Defiéndete, cautiva criatura, o entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe.

Ante la acometida del furioso caballero, dejóse caer el barbero del asno y abandonando en el suelo la bacía, echó a correr como un gamo. Recogió Sancho la bacía y reconocióla por tal, más para no airar a su amo, por yelmo la tuvo. Cuando Don Quijote la vió rota, dijo a su escudero:

—¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza de este encantado yelmo, por algún extraño accidente debió venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor y sin saber lo que hacía viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo el dios de las herrerías para el dios de las batallas; entre tanto la traeré como pudiere, que más vale algo que nada, cuanto más que bien me servirá para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será—dijo Sancho—si no se tira con honda, como se tiraren en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron a vuestra merced las muelas...

No consintió Don Quijote que Sancho trocara su asno por el del barbero, como era su propósito; pero no recordando que en ningún libro de caballerías se prohibiera cambiar los arreos, permitió a su escudero que al menos tomase los aparejos; y así lo hizo con gran alboroto suyo y de su asno, al que le despojaron de los suyos propios en la condenada venta en que Sancho fue mantenido.

Sucedió, cuando se apartaron un buen trecho del lugar de aquella última aventura, que los ojos siempre despiertos y avizores para tales cosas, del andante caballero, descubrieron una reata de gentes ensartadas como cuentas en una gran cadena por los cuellos y con esposas en las manos.

—Esta es cadena de galeotes—explicó Sancho al verlos—; gente forzada del rey, que va a las galeras.

—¿Cómo gente forzada?—preguntó Don Quijote, extrañado—. ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

—No digo eso—respondió Sancho—, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al Rey en las galeras, de por fuerza.

—En resolución—replicó Don Quijote—, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, no de su voluntad.

—Así es—afirmó Sancho.

—Puede de esta manera—concluyó su amo—aquí encaja la ejecución de mi oficio: deshacer fuerza y socorrer y acudir a los miserables.

—Advierta vuestra merced—dijo Sancho, husmeando un nuevo desatino—que la Justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegóse empero Don Quijote a los galeotes y pidió con cortesísimas razones que le informasen de las causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Porfio hasta conseguir que cada uno de los forzados le contase la causa de su pena, y una vez enterado, conmovióse su corazón y dijo a los guardias:

—Ruego encarecidamente a vuestras mercedes sean servidos de desatar a estos desdichados y dejarlos ir en paz, que no fal-

tarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece dura cosa hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres: cuanto más, señores guardias, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado. Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con mansedumbre y sosiego porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta espada y esta lanza con el valor de mi brazo harán que lo hagáis por fuerza.

—Donosa majadería!—respondió el comisario—. Bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato; váyase vuestra merced enhorabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que tras en la cabeza y no ande buscando tres pies al gato.

—Vos sois el gato, el rato y el bellaco!—gritó Don Quijote, enfurecido, y diciendo y haciendo arremetió contra el comisario (único que llevaba escopeta), y sin darle tiempo a defenderse, le derribó en tierra, malherido de una lanzada. Los otros, que no esperaban tal salida, apenas tuvieron tiempo ni ocasión de poner orden, porque al punto los galeotes, viendo su posible libertad, comenzaron a pedradas con ellos y entre Don Quijote, Sancho y los galeotes, que lograron hacerse con la escopeta del comisario, pusieron en endiablada fuga a los demás guardianes.

Satisfecho de su obra, Don Quijote aprovechó la ocasión para poner a prueba la gratitud de sus beneficiarios. ¡No lo hiciera jamás! No hizo más que mentarles el nombre de su Dulcinea y el deber de ir a postrarse a sus pies y etc., cuando, burlándose de él y escarneciendo su loco idealismo, desencadenaron sobre él la más despiadada lluvia de piedras que imaginar pudo el valiente caballero.

Cuando, pasada la tormenta, Don Quijote pudo hablar con su escudero, dijo con voz triste y dolorida:

—Siempre, Sancho, lo he oído decir: el hacer bien a villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijistes,

hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho; ¡paciencia! y escarmentar para de aquí en adelante.

—Así escarmentará vuestra merced — respondió Sancho—, como yo soy turco. Pero pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías que no se le da más por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís.

—Naturalmente, eres cobarde—dijo Don Quijote, admirado, y a renglón seguido aceptó su proposición no sin obligarle a jurar que diría jamás que él se retiraba por miedo, sino por complacerle.

—Señor —accedió al fin Sancho—, que el retirarse no es huir, ni es cobardía el esperar cuando el peligro sobrepasa a la esperanza y de sabios es guardarse de hoy para mañana y no aventurarse todo en un día.

No replicó a esto Don Quijote y de buen grado se dejó guiar de su escudero, que le llevó por una parte de Sierra Morena que allí tenía sus primeras estribaciones.

LA PENITENCIA DE DON QUIJOTE

Llegaron, tras mucho caminar por entre riscos y vericuetos, a un lugar umbrío y apacible, donde el famoso hidalgo descendió de su rocín y habló a Sancho de esta manera:

—En aquesto paraje tengo de hacer una hazaña con que he de ganar eterno nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra, y será tal, que ha de echar el sello a todo aquello que pueda hacer perfecto y famoso a un andante caballero.

—¿Y es de muy gran peligro esa hazaña?—preguntó Sancho.

—No—respondió el Caballero de la Triste Figura—, puesto que tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia?—dijo Sancho viéndose ya envuelto en una nueva y desastrada aventura.

—Sí—contestó Don Quijote—, porque si vuelves presto de donde pienso enviarte, presto se acabara mi pena y presto comenzara mi gloria.

En efecto, llevado nuestro hidalgo por su inaudita y loca admiración por Amadís de Gaula, héroe de los libros de caballerías, paladín enamorado y valiente, había resuelto hacer penitencia allí, como Amadís la hizo en Beitenebros; y para su penitencia fuera

de provecho, decidió enviar a Sancho con una carta para Dulcinea dándole noticia de todo esto. Dura penitencia era la que había de imponerse: arrancar árboles, matar pastores, destruir ganados, abrasar chozas y cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura. Al escuchar Sancho toda aquella baraúnda de desatinos, no pudo dejar de objetarle que los caballeros que tales necesidades hicieron tenían una causa, un motivo, mientras que él no no lo tenía, a lo que Don Quijote respondió:

—Ahí está el punto y la fuerza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado.

Después de discutir un rato algunos extremos, escribió Don Quijote su carta. Decía así:

—«Soberana y alta señora: El herido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu hermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi ahincamiento, aunque yo sea asaz sufrido, mal podré sostenerme en esto cuita, que además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará relación por bella ingrata, amada enemiga mía! del modo que por tu causa quedo; si gustaras de acorrerme, tuyo soy y si no, haz lo que te viniere en gusto, que en acabar mi vida habré satisfecho tu crueldad y mi deseo. Tuyo hasta la muerte. El Caballero de la Triste Figura.»

Fuése al fin Sancho Panza con la carta, no sin antes presenciarse algunas demostraciones que Don Quijote quiso hacerle de su locura, para que no jurara en falso al referírselas a su Dulcinea. Y así, desnudándose de medio cuerpo para abajo, después de haberse quitado la armadura, quedó en carnes y pañales; y luego, sin más ni más, dió dos zapatazos en el aire y dos tumbos de cabeza abajo con los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió grufas Sancho y se dió por contento y satisfecho: ya podía jurar que su amo estaba loco.

Allí quedó el ingenioso hidalgo, rezando, dando peseos y haciendo versos sin cuento, presa de voluntaria melancolía.

Entre tanto, marchó Sancho Panza a cumplir su cometido. Pero, he aquí que cuando, camino del Toboso, se detuvo ante la venta en que fué mantreado, y no quiso entrar por tan mal recuerdo, salieron de ella, dos muy conocidos suyos, y algo menos de los lectores: se trataba del licenciado Pero Pérez (el cura) y maese Nicolás (el barbero).

Inquietos y desazonados andaban por la ausencia de su entrañable compadre Don Alonso Quijano o Don Quijote de la Mancha, como él dió en llamarse, que la vista de su escudero les llenó de alegría. Sin duda también la tuvo Sancho: acosado a preguntas, contóles de cabo a rabo las aventuras de su amo y señor; pero al llegar al punto de la carta, casi se desmayó: no la llevaba consigo. En vano intentó recordar su contenido: todo fué, para jolgorio de sus oyentes, decir disparates sin cuento, rematando las corteses y alhisonantes frases de su señor.

Entraron el cura y el barbero a comer y sacaron comida para el buen Sancho, que no quería entrar ni atado. Y mientras dentro estaban, pensaron en el modo de sacar a Don Quijote de su extraña locura, a poder o al menos de aquellos lugares peligrosos en que se hallaba. Y como quiera que las palabras de Sancho traslocian una locura no menor que la de su amo, le dijeron que era muy conveniente y factible el librar a Don Quijote de la dura penitencia que estaba haciendo. Persuadiéronle al fin los dos buenos compadres y, después de estrujarse la mollera, encontraron el medio por el cual sería posible sacar a tan terco y estorzado caballero como era Don Quijote, de aquella inútil penitencia. Llevaron consigo disfraces para tal fin, fuéronse al cabo siguiendo a Sancho, que hasta Sierra Morena los guió. Cuando se hallaban cerca del lugar en que Don Quijote había quedado, hicieron alto para allí ponerse los disfraces. Mas he aquí, estando en esto, apareció de improviso por entre la maleza un hombre andrajoso, famélico y de espantable aspecto. Con la ansiedad pintada en el semblante se dirigió a ellos, suplicando:

—Si tienen algo que darme de comer, por amor de Dios que me lo den; que después de haber comido haré todo lo que se me mande.

Diéronle de comer en abundancia, y cuando hubo devorado todo cuanto se le dió, sentados todos, les dijo:

—Si gustáis, señores, que os diga en breve la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer que con ninguna pregunta ni otra cosa interrumpiréis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en eso se quedara lo que fuese contado.

Extremaron la atención todos y el recién aparecido comenzó su historia. Se llamaba Cardenio y era de noble linaje y ricos padres. Si enamoró apasionadamente de Luscinda, hermosa joven de su misma ciudad y no menos ilustre linaje. Su padre le envió un buen día a otra ciudad a casa de un duque, para que fuese compañero de su hijo mayor. Como esto podría ser de ventajosas consecuencias para su porvenir, Cardenio accedió a lo que el duque pedía y fue a su palacio. Con promesas y juramentos se despidió de su amada Luscinda. Ya en casa del duque, Cardenio se hizo amigo fraternal de Fernando, su hijo segundo. Ningún secreto tenían el uno para el otro. Andaba Fernando enamorado de una labradora rica, pero, como quiera que era un poco veleta y un mucho mujeriego, para olvidarla dijo a Cardenio que quería marchar a la ciudad de éste. Así lo hicieron, y cuando conoció Fernando a Luscinda, ardió en amores por ella. Y he aquí que Fernando, habiendo alejado enteramente a Cardenio, pidió para sí la mano de Luscinda a sus padres, quienes accedieron, llevados de la codicia. Luscinda escribió entonces una carta angustiada y Cardenio volvió presuroso a la ciudad, llegando en el mismo día de la boda. A través de una reja consiguió hablar con su amada Luscinda, quien afirmó que tenía una daga preparada para darse muerte si otros motivos no llegaban a impedir el matrimonio.

Introdujose Cardenio en la casa, y desde el hueco de una ventana, oculto entre unos tapices, vió la ceremonia. Cuando el sacerdote preguntó a los novios si se querían por esposos, Luscinda tardó un rato en responder y dió, al fin, un «Sí» débil y desmayado. También Fernando respondió afirmativamente; mas al entregar a la novia el anillo de boda, Luscinda se desvaneció, con

gran revuelo de todos los asistentes. Al desabrocharla para que respirase mejor, Fernando encontró un papel que se puso a leer ávidamente. Cardenio no lo pudo soportar más y huyó de la casa, de la ciudad y de las gentes todas; y vino a refugiarse en aquel lugar: tal fué el estado en que le pusieron a una la traición de su mejor amigo y la falsía de su idolatrada Luscinda.

Acabó el desdichado Cardenio de referir sus cuitas, y cuando el buen cura se aprestaba a consolarle, suspendióse el ánimo de todos ante una voz delicada y armoniosa, que entre penetrantes suspiros, lamentaba:

—¡Ay desdichada! ¡Y cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas a mi intención, pues me darán lugar para que, con quejas, comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en la duda, alivio en las quejas ni remedio en los males!

Volvieron todos la vista hacia el lugar donde la triste voz tan tristemente suspiraba y vieron, a orillas de un arroyo, un espigado zagal que se lavaba los pies. Después de secarse, quitóse la montera con que se tocaba la cabeza y apareció una lengua y abundante cabellera negra como el ébano. Todos, al ver que era una mujer, se acercaron; al advertir su presencia, la joven intentó huir, sin tan siquiera calzarse.

—Deteneos, señora—dijo el cura—, quien quiera que seáis, que los que aquí veis sólo tienen intención de servirlos. No haya para que os pongáis en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.

Tratábase de una joven de peregrina hermosura y noble y delicado porte. Acercáronse más y el cura insistió en que confiase en ellos y permitiese que la ayudasen en lo que fuera menester y en su mano estuviese.

—Pues que la soledad de estas tierras—dijo al fin la moza convencida—no ha sido parte para encubrirme y la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en baldería sería fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese sería más por cortesía que por otra razón alguna.

Y porque no ando vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer y viéndome moza, sola y en este traje, cosas que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera.

Les refirió su historia. Llamábase Dorotea y era de padres ricos, aunque no de noble condición, vasallos de un duque, grande de España, que tenía dos hijos. El menor de éstos se enamoró de ella, y una noche, por intermedio de la azafata de Dorotea, logró introducirse en su aposento. Allí le prometió ser su esposo y juró por una imagen de la Virgen que allí se hallaba. Ante su honesta resistencia, Don Fernando—que así se llamaba el hijo del duque—tomó a jurar, a poner a todos los santos por testigos, y a echarse mil futuras maldiciones si no cumplía lo prometido. «Y con esto—dijo Dorotea quejumbrosa—y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de verlo y él acabó de ser traidor y fementido»...

No cumplió su palabra y la abandonó. Tras unos días de incertidumbre, Dorotea se enteró de que su prometido se había casado con otra mujer. Entorpecida por aquella traición y burla hecha a su persona y a su honor, fuere a la ciudad en que Fernando vivía, no queriendo creer lo que le decían. Allí comprobó que, en efecto, Fernando se había casado con Luscinda; pero también supo que ésta, tras dar su consentimiento por obediencia a sus padres, se desmayó y en su pecho se encontró un papel donde decía que no podía casarse con Fernando porque había entregado su corazón a Cardenio, y que sólo el respeto y la obediencia que a sus padres tenía pudo arrancarle aquel «sí», tras el que pensaba quitarse la vida. Y no debió mentir, pues entre los vestidos se halló una daga.

Notando los padres de Dorotea su ausencia, hicieron publicar un bando reclamándola. Al oírlo, Dorotea, avergonzada y llena de amargura, refugióse en aquellas soledades para llorar su desventura.

Así que Dorotea acabó su relato, dióse a conocer Cardenio como personaje de aquel triste melodrama, y se ofreció a Dorotea como vengador suyo,

El cura y el barbero a su vez, contaron el motivo de su presencia allí. La locura de Don Quijote, su extraña penitencia y la necesidad de sacarle de ella y a ser posible de su enajenación mental. Habían pensado disfrazarse, el barbero de mujer devalada y el cura de escudero, y atraer así a Don Quijote, con el cebo de una nueva aventura, hacia la aldea. Al escuchar el relato de este ardor, Dorotea se ofreció a representar el papel de mujer agravada y desamparada.

En esto, Sancho que se había aumentado desde que los compañeros (cura y barbero) hicieron alto para esperarle mientras iba en busca de su amo, volvió con noticias de Don Quijote. Habíale encontrado más espiritualizado y famélico que nunca y diciéndole que, pese al requerimiento que Dulcinea le hacía a través de su escudero, no volvería hasta haber realizado hazañas dignas de la dama de sus pensamientos.

Sancho quedó pasmado de la hermosura de Dorotea y al inquirir su nombre le contestó el cura:

—Esta hermosa señora es la heredera, por línea recta de varón, del gran reino de Micomicon, de Etiopía, la cual viene en busca de vuestro amo a pedirle un don para que vengue el agravio que un mal gigante le tiene hecho... Llámase la princesa Micomicona.

El buen Sancho se tragó el cuento. Cuando se hubo vestido Dorotea con traje de mujer, Sancho les guió a ella y al barbero, que quedó transformado en escudero, hacia el lugar en que Don Quijote se encontraba.

Apenas llegaron a su vista, Dorotea bajó de su montura y postrándose de rodillas ante el caballero de la Triste Figura, le imploió:

—De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero! hasta que vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona y en pro de la más desconsolada y agravada doncella que el sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis a favorecer a la sin

ventura que de tan lejanas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

—No os responderé palabra, hermosa señora—respondió Don Quijote—, ni oiré más cosa de vuestra hacienda, hasta que os levantéis de tierra.

—No me levantaré, señor, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

—Yo os lo otorgo y concedo—replicó Don Quijote—como no se haya de cumplir en daño o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón tiene la llave.

Levantóse al fin la afligida doncella y Sancho dijo al oído de su señor que se trataba de la princesa Micormicona.

—Pues lo que os pido es que vuestra magnánima persona—dijo Dorotea—se venga luego conmigo adonde yo le llevaré y me prometa que no se ha de entrometer en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

—Digo que así lo otorgo—respondió Don Quijote—, y así podéis, señora, desde hoy desechar la melancolía que os fatiga y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza que, con la ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida a vuestro antiguo y grande estado, a pesar y a despecho de cuantos follones que contradecirlo quisiesen; y manos a la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

Por el camino, Dorotea, que fingía maravillosamente, fué refiriéndole la falsa historia de su destronamiento. Don Quijote y Sancho quedaron embaucados y embelesados.

Llegaron a la venta y allí decidieron pasar la noche.

EL ENCANTAMIENTO DE DON QUIJOTE

Acostáronse Don Quijote y su escudero y quedaron en el comedor de la venta los demás, en amigable y sabrosa charla. Comentando la locura del sin par caballero estaban, cuando apareció Sancho por la puerta, gritando:

—¡Acudid señores presto y socorred a mi señor que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto! ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micormicona, que la ha tajado la cabeza, cercén a cercén, como si fuera un nabo.

Ante aquel requerimiento levantáronse todos y fueron al aposento donde Don Quijote apostrofaba desaforadamente a invisibles enemigos. Lo que vieron no puede contarse adecuadamente: Don Quijote, en camisa y espada en mano, dando cuchilladas a diestro y siniestro, había rajado todos los odres de vino tinto que el ventero guardaba en aquella estancia. Al ventero se le llevaban todos los demonios y empezó a golpear despiadadamente al malaventurado caballero y le derribara sino acudieran el cura y el barbero a separarles. Y lo gracioso del caso es que Don Quijote lo había llevado a cabo todo en sueños, de forma que hasta que

el barbero no le derramó sobre la cabeza un jarro de agua fría, no se despertó. Cuando lo hizo, se aprestó a defenderse de la ira del posadero, que no cejaba.

Al fin pudieron sosegar al encolerizado ventero y volver a la cama a Don Quijote.

Cuando al cabo, reanudaron en el salón la charla que emprendieron, viéronse de nuevo interrumpidos por la llegada de cuatro caballeros embozados y ocultas sus facciones por antifaces, que traían consigo una señora de gentil porte o igualmente cubierta y embozada. La mujer, desde su entrada no hizo sino suspirar y sollozar entrecortadamente. Todos quedaron suspensos ante aquella gente. Dorotea fué la primera en romper el silencio, ofreciéndose a la recién llegada.

—¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de los que las mujeres tenemos experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de servirlos.

Nada respondió la desconocida. Reiteró Dorotea su ofrecimiento y ella se confirmó en su mutismo.

—No os canséis, señora—cortó el que de los cuatro caballeros parecía más principal—en ofrecer nada a esa mujer, porque tiene por costumbre no agradecer cosa que por ella se haga, ni procuréis que os responda si no queréis oír alguna mentira de su boca.

—Jamás la dije—protestó dolorida la tacita señora—, antes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y de esto quiero que sean testigos, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas razones Cardenio, que estaba en la penumbra, y recordando la voz de quien las expresaba, avanzando sobresaltado exclamó:

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

La embozada, sin duda reconociendo esta voz, se levantó como impulsada por un resorte y al hacerlo se le cayó el tafetán que le cubría el rostro. Al caballero asimismo, al hacer fuerza

para detenerla, se le desprendió su antifaz, de manera que ambos vinieron a estar descubiertos.

Dorotea dió un grito al descubrir que el caballero no era otro que Fernando. Cardenio, atónito, no daba crédito a sus ojos. La primera en hablar fué Luscinda que, intentando desprenderse de la sujeción de Fernando, le imploró:

—Dejadme, señor Don Fernando, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas. Notad como el cielo, por desusados y para nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante. Y bien sabéis, por mil costosas experiencias, que sólo la muerte fuera bastante para apartarle de mi memoria.

Dorotea entonces, se arrojó a los pies de Fernando, con mil súplicas y razones, sentimientos y lágrimas... Una angustiosa emoción traspasó los pechos de los circunstantes. Durante unos instantes no se escuchó otra cosa que el sollozar de las dos mujeres. Al fin, Don Fernando, soltando a Luscinda, abrazó a Dorotea diciendo enternecido:

—Venciste, hermosa Dorotea, venciste...

Todos se abrazaron y lloraron de contento: la Providencia los había encaminado a todos a su felicidad. Viendo esta escena, Sancho que tampoco pudo sustraerse a la emoción, fuése a ver a su amo y le dijo que así como el gigante no era sino un par de odres de vino, la princesa de Micormicón habíase convertido en una señora particular llamada Dorotea. Don Quijote, queriendo comprobar todo aquello que Sancho le decía (y que a él le sonaba a encantamiento) bajó armado al salón. Allí, Dorotea persistió, de acuerdo con Fernando, en la farsa y así Don Quijote volvió de nuevo a su incorregible optimismo, reprendiendo a Sancho por su mentecatez y falsía.

—Basta—cortó Don Fernando—, y no se hable más en esto; y pues la señora princesa dice que se marcha mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así y esta noche podremos pasar en buena conversación hasta el verdadero día, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las vale-

rosas e inauditas hazañas que ha de hacer en el decurso de esta gran empresa que a su cargo lleva.

Y así lo hicieron.

* * *

A la mañana siguiente, estando Sancho en el patio de la venta aderezando los arreos de su rucio, llegó el barbero aquel a quien despojaron del yelmo de Mambrinos y de las albardas y viéndolas en la montura de Sancho, sin esperar más, arremetió contra el buen escudero clamando:

—¡Ah, ladrón! ¡Venga mi bacía y mi albarda con todos los aparejos que me robaste!

Sancho se defendió bravamente y al ruido de la lucha acudieron todos.

—Aquí el rey y la justicia—clamaba el barbero expoliado—, que sobre robar mi hacienda me quiere matar este salteador de caminos.

—¡Mentís! —replicaba Sancho—. Que no soy salteador de caminos; en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos.

Porfiaron y Don Quijote se interpuso, reconociendo que las albardas eran del arriero, pero enfadado que lo fuera de la bacía a la que persistía en considerar como yelmo de Mambrinos. El barbero apeló a los circunstantes, y éstos, por seguir la corriente a Don Quijote, afirmaron que, en efecto, era yelmo y no bacía. El barbero no daba crédito a lo que oía y en éstas estaban cuando entraron varios cuadrilleros de la Santa Hermandad. Reconocieron a Don Quijote como el autor de la liberación de los forzados a galeras, y al oír la discusión, quisieron poner término a ella.

—Tan yelmo es ésa—dijo uno de ellos—como mi padre, y el que otra cosa ha dicho o dijere, debe estar como una uva.

—¡Mentís como bellaco, villano!—gritó Don Quijote, enfurecido, y alzando el lanzón, que nunca se apartaba de sus manos,

le iba a descargar tal golpe en la cabeza que a no desviarse el cuadrillero, le dejara allí tendido. No esperaron más sus compañeros para arremeter contra Don Quijote. Con inusitado denuedo empuñó éste la espada y en su defensa y ayuda acudieron Fernando y Cardenio. Lucharon durante algunos momentos encarnizadamente y al cabo Don Quijote alzó la voz:

—¡Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen. Oiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Por Dios Todopoderoso que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.

Detuviéronse todos y al fin, persuadidos por las razones del hidalgo se apaciguaron los ánimos y todo quedó en volver la albarda a su dueño y quedarse Don Quijote con su yelmo.

Y así se pasó el día y llegó la noche...



He aquí que, para mejor finalizar la aventura de Don Quijote y volverle a su aldea, entre todos tramaron una nueva y descomunal farsa de encantamiento; se pusieron de acuerdo con un carretero de bueyes, construyeron una jaula con palos enrejados, de manera que en ella cupiese holgadamente Don Quijote y, cuando se hallaba en su mejor sueño, fuéronse todos, disfrazados con capuchas y mantos negros y blancos y portando teas encendidas, a despertarle. Cuando Don Quijote vió ante sí aquel tremendo espectáculo, sin amedrentarse, pero creyéndose encantado, entró en la jaula sin rechistar.

Bajáronle al carro y allí Sancho, que no se podía tener de miedo, escuchó esto de su señor:

—Muchas y muy graves historias he leído yo de caballeros andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído que a los caballeros encantados los lleven de esta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraordinaria ligereza, encerrados en alguna parda y obscura nube, o en algún carro de fuego, o en

algún dragón u otra bestia semejante. Pero que me lleven a mí ahora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos...

En la noche, el cortejo que al encantado caballero acompañaba, traía al recuerdo «las mil y una noches». Y en aquella fantástica compañía y aquel peregrino vehículo volvió Don Quijote a su aldea.

LA SEGUNDA SALIDA DE DON QUIJOTE

Durante algún tiempo estuvo Don Quijote recluso en su casa sin meterse en más aventuras y ni el cura ni el barbero quisieron visitarle, por no avivar en el recuerdo que podían sugerirle nuevos y caballerescos desatinos. No obstante, supieron de él, por el ama y la sobrina, que estaba más sossegado, prudente y discreto que nunca y llegaron a concebir la esperanza de su curación total. Pero, cuando en éstas estaban apareció en escena un nuevo personaje: el bachiller Sansón Carrasco.

Las aventuras de Don Quijote habían sido narradas, escritas e impresas en diferentes lugares por un tal Cide Hamete Benengeli y el tal bachiller, habiéndolas leído sintió viva curiosidad por conocer a quien tan extrañas y peregrinas aventuras había corrido.

Era Sansón Carrasco un joven de unos veinticuatro años, culto, inteligente, socarrón y amigo de burlas. Llegó, pues, un día ante Don Quijote y postrándose a sus pies, con reverentes y exagerados aspavientos, le habló:

—Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tango otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuestra mer-

ced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido y aun habrá en toda la redondez de la tierra.

Hizole levantar Don Quijote agradeciéndole la salutación y de allí en adelante, amigos íntimos, charlaron casi a diario sobre los caballeros andantes y los libros de caballerías. El bachiller, aunque discrepaba a veces de los que Don Quijote decía, no le llevaba abiertamente la contraria; antes bien, estaba identificado con casi todo lo que el buen hidalgo pensaba. O al menos, así lo parecía por su actitud; y hasta tal punto llegó esta identificación que el ama y la sobrina desconfiaron de él, pensando que podía influir perniciosamente para que Don Quijote se lanzase de nuevo en busca de aventuras.

También frecuentaba Sancho la compañía del de la Triste Figura, encandilado aún por la esperanza de llegar algún día a ser gobernador de una insula. Don Quijote, aunque disimulaba ante las mujeres de la casa, seguía obsesionado por su caballeresco ideal, y llegó un día en que, de acuerdo con Sancho y el bachiller, decidió partir de nuevo en pos de la aventura. Llegada la noche, con alforjas y dinero esta vez, salieron amo y escudero.

El primer sitio que pensaron visitar fue el Toboso y en él a Dulcinea. Así, pues, pusieron de camino y al día siguiente, al atardecer, llegaron a vista de la ciudad. Esperaron fuera de ella a que anocheciese para no despertar sospechas, y así que oscureció el firmamento entraron en la villa. Sancho estaba preocupado y muerto de angustia porque no veía salida al enredo que habían tramado cuando su señor le envió con aquella amorosa carta para la dama de sus pensamientos.

—Sancho, hijo—le decía Don Quijote—, guía al palacio de Dulcinea. Quizás podrá ser que la hallemos despierta.

—¿A qué palacio tengo de guiar, ¡cuerpo del sol!?—contestaba Sancho, entregado a todos los diablos—. Que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña.

—Debía de estar entonces retirada en algún pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose a solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

En esto vieron al volver una calle la sombra de un gran edi-

ficio y Don Quijote creyó que era el palacio de su Dulcinea. Pero cuando se acercaron más, recibieron un desengaño.

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo—respondió Sancho—, y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura...

Anduvieron merodeando un buen rato por aquellas calles sin encontrar el tan buscado palacio, y al fin Sancho, viendo mal contento a su amo, le propuso:

—Señor: ya se viene a más andar el día y no será acertado que nos halle el sol en la calle. Mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana y yo volveré de día y no dejaré rincón en este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora y asaz sería desdichado si no la hallase. Y hallándola, hablaré con su merced y le diré dónde y cómo queda vuestra merced esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho—respondió Don Quijote—, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras. El consejo que ahora me has dado le agradezco de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos a buscar dónde me embosque, que tú volverás como dices, a buscar, a ver y hablar a mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores.

Hicieronlo así y a dos leguas del Toboso se emboscó Don Quijote en un bosque de encinas, mientras Sancho volvía con su rucio a la ciudad. No sabía el andante escudero cómo resolver aquella papeleta y cuando estuvo fuera de la vista de Don Quijote, bajó de su asno y sentándose al pie de un alcornoque se puso a considerar:

—Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuestra merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va a buscar? Voy a buscar como quien dice nada, a una princesa y en ella, al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. ¿Y en dónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? En la gran ciudad del Toboso. ¿Y de parte de quién la vais a buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha.

que desfaze los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares. Y ¿habéislo visto algún día, por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. Y ¿pareceos que fuera acertado y bien hecho que si los de El Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desosigarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a palos y no os dejaran hueso sano?

En estas y otras cavilaciones estaba, cuando un rayo de luz vino a iluminar su mente: pues Don Quijote era loco y de un género de locura que las más veces tomaba unas cosas por otras, como le pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes y las manadas de cameros ejércitos de enemigos y otras muchas cosas de este jaez, no sería muy difícil creer que una labradora, la primera que se topase en el camino, era la señora Dulcinea. «Y cuando él no crea —se dijo— juraré yo. Y si él jura, tornaré yo a jurar. Y si él porfiare, porfiaré yo más...»

En efecto: quedóse en aquel lugar hasta la tarde, haciendo tiempo para que Don Quijote no sospechase la farsa, y cuando estimó oportuno, montó de nuevo al rucio y salió al camino real, con tan gran fortuna que a poco vió venir tres labradoras caballerías en sendas borricas. No lo pensó más y volviendo grupas, corrió al trote de su jumento hacia donde su amo le esperaba. Preguntado por Don Quijote si trae buenas noticias, respondió Sancho:

—Tan buenas que no tiene más que haber vuestra merced sino picar a «Rocinantes» y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuestra merced.

—¡Santo Dios!—exclamó Don Quijote, incrédulo—. ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? Mira, no me engañes ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuestra merced—respondió Sancho—, y más estando tan cerca de descubrir la verdad? Pique,

señor, y venga, y verá venir a la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es.

Salieron, pues, al camino y Don Quijote recorrió con la vista anhelante todo el camino hasta perderse en el horizonte.

—Yo no veo, Sancho—dijo al fin el Caballero de la Triste Figura—, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—Calle, señor—respondió Sancho—, y no diga tales palabras, sino despabile sus ojos y venga a ver a la señora de sus pensamientos que ya llega cerca.

Y diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres damas; y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres mujeres e hincando ambas rodillas en el suelo dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado Caballero de la Triste Figura.

También Don Quijote, desencajado y suspenso ante aquella mujer carirrendona y chata, mugrienta y sin gracia, se postró en el suelo de hinojos.

—Apártese del camino—dijo con desabrimiento la aldeana— y déjenos pasar, que llevamos prisa. ¡Mirad con qué se vienen los señoritos a hacer burla a las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos!

Al oírlo, Don Quijote, viendo las trazas de las labradoras y creyéndolo todo transfigurado por arte de encantamiento, dijo, dolorido:

—Levántate, Sancho, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú —añadió, dirigiéndose a la aldeana que atónita escuchaba estas razones—, ¡oh, extremo del valor que puede desearse, término de la buena gentileza, único remedio de este afligido corazón que te adora, ya que el malísimo encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos y para sólo ellos ha

—mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre; si ya también el mío no lo ha cambiado en el de algún vestigio para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento la humildad con que mi alma te adora!

Se marcharon por fin las aldeanas, y Don Quijote, en el colmo de su tribulación, preguntó a su escudero:

—Sancho, ¿qué te parece? ¡Cuán malquisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora.

EL CABALLERO DEL BOSQUE

Llegó la noche y con ella la hora del descanso. Amo y escudero, después de dar suelta a sus cabalgaduras, desprendiéronse de sus armaduras y arreos y se acomodaron bajo unos árboles, en un solitario y acogedor paraje. Cenaron, charlaron un buen rato y al irse a dormir oyeron un ruido de caballos y choque de armaduras.

—Apéste, amigo—se oyó una voz—, y quita los frenos a los caballos, que, a mi parecer, este sitio abunda de hierba para ellos y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.

El rostro de Don Quijote se iluminó ante la perspectiva de una nueva hazaña y dijo en voz baja a su escudero:

—Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena—replicó el aludido.

Escuchando estuvieron a ver en qué paraba aquello y el hidalgo manchego tuvo que escuchar:

—¡Oh, la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Será posible, serenísima Casilda de Vandalia, que consientas que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he

hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios y finalmente todos los caballeros de la Mancha?

—Eso, no—dijo Don Quijote a Sancho—, que yo soy de la Mancha y nunca tal he confesado, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial a la belleza de mi señora.

Entreoyó esto el Caballero del Bosque, que unos pasos de allí se había tendido en el suelo, y levantándose fué hasta donde estaba Don Quijote, preguntando:

—¿Quién va allí? ¿Qué gente? ¿Es por ventura del mundo de los contentos o del de los afligidos?

—De los afligidos—respondió Don Quijote.

—Pues lléguese a mí—dijo el Caballero del Bosque—y hágase cuenta que se llega a la misma tristeza y a la aflicción misma.

Acercóse don Quijote y el caballero, asiéndole del brazo, dijo cortésmente:

—Sentaos, señor caballero: que para entender que lo sois y de los que profesan la andante caballería bástame el haberle hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

Grata impresión produjo en Don Quijote el modo de expresarse del Caballero del Bosque. Venía éste todo vestido de bruñida y rozagante armadura, encubierto el rostro por la celada. Sentáronse, pues, y gran parte de la noche la entretuvieron contando sus aventuras, los amos entre sí y los escuderos aparte. Mas he aquí que el Caballero del Bosque afirmó haber vencido y derrotado ya una vez a Don Quijote de la Mancha. Ante tan vejatoria afirmación, el Caballero de la Triste Figura se sintió herido en lo más vivo y lo negó de plano, asegurando que sólo por mágicas artes de encantamiento—tales cuales que convirtieron a su hermosísima Dulcinea en una baja y soez aldsana—pudo ser vencido.

—A buen pagarior, no le duelen prendas—dijo a esto el Caballero del Bosque—. El que una vez, señor Don Quijote, pudo

venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que los caballeros hagan sus hechos de armas a oscuras, como los salteadores y los rufianes, esperemos al día para que el sol vea nuestras obras. Y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor, para que haga de él todo lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordene.

—Soy más que contento de esa condición y conveniencia—respondió Don Quijote, aceptando con verdadero alborozo el desafío.

Con el alba se dispusieron a empezar la sangrienta, singular y desigual batalla. La luz del día permitió ver las caras de unos y otros menos la del Caballero del Bosque, cubierta con la visera del yelmo más florido y brillante que jamás se vió. Su escudero era propietario de unas narices tan descomunales que Sancho se espantó tan sólo de verlas.

—Advertid, señor caballero—dijo por última vez el del Bosque—, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, quede a discreción del vencedor.

Tomaron posiciones y, sin esperar toque de trompetas ni otra señal alguna, se arremetieron, con tan mala fortuna para el Caballero del Bosque, que cayó derribado por Don Quijote, sufriendo una caída tan espectacular y tremenda que le dejó sin sentido por unos momentos.

¡Cuál no sería el asombro de Don Quijote, cuando al aparecerse de «Rocinante» y levantar la celada al vencido, vió la cara del bachiller Sansón Carrasco!

—¡Acude, Sancho—gritó el Caballero de la Triste Figura, casi fuera de sus casillas—, y mira lo que has de ver y no has de creer! ¡Agüija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y encantadores!

Llegó Sancho, y al ver el rostro del bachiller se santiguó mil veces. Don Quijote, dispuesto a acabar con su enemigo, píssole la espada al cuello. En esto llegó el escudero (que ya no tenía

aquellas desmesuradas napias) y poniéndose a los pies del victorioso hidalgo, imploró:

—Mire vuestra merced lo que hace, señor Don Quijote, que ese que tiene a sus pies es el bachiller Sansón Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero.

Don Quijote ni le hizo caso; pero Sancho, viéndole y oyéndole, no pudo menos que exclamar:

—¡Santa María y valme! Este, ¿no es Tomé Cecial, mi vecino y compadre?

Reconociéronse y suplicaron a una a Don Quijote no quitara la vida al vencido. Y quiso la Providencia que en aquel momento despertara el bachiller, y así que lo vió Don Quijote le instó de esta manera:

—Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en la belleza a vuestra Casildea de Vandalia; y además de esto, si de esta contienda y caída quedares con vida, de ir a la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejan en la vuestra, asimismo habéis de volver a buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga adonde yo estuviere.

—Confieso—dijo el caído caballero con la angustia natural del que se ve con la soga al cuello—que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso que las barbas mal peinadas, aunque limpias de mi Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia a la vuestra y daros entera y particular cuenta de lo que me podis.

—También habéis de confesar y creer—añadió Don Quijote—que aquel caballero que vencisteis no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía; como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, y que en su figura, aquí me han puesto mis enemigos como para que detenga y temple el ímpetu de mi locura.

Después de levantar al caído, Don Quijote y Sancho prosiguieron su camino hacia Zaragoza.

El bachiller, que se había metido en aquella aventura con la

esperanza de vencer a Don Quijote y obligarle a estarse dos años recluido en su casa, para que en aquel tiempo sanase, sintiéndose sobremanera dolorido y desilusionado. Tomé Cecial, ante el fracaso de la empresa, se lamentó al bachiller:

—Tenemos nuestro merecido; con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale de ella. Don Quijote, loco; nosotros, cuerdos. El se va sano y riendo; vuesa merced queda molido y triste. Sepamos ahora cuál es más loco: ¿el que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad?

EL DESENCANTO DE DULCINEA

Camino de Zaragoza y hallándose amo y escudero en un verde prado, orilla de un río, divisaron a corta distancia un grupo de gentes. Acercáronse un trecho y comprobaron que se trataba de cazadores de altanería, entre los cuales figuraba una muy hermosa y gallarda señora, montada en un blanquísimo palafrén, ricamente enjaezado, y que en su mano traía un halcón. En cuanto Don Quijote la vió, dijo a su escudero:

—Corro, hijo Sancho, y di a aquella señora del palafrén y del azor que yo, el Caballero de la Triste Figura, beso las manos de la su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré a besar y a servirla en cuanto mis fuerzas pudieran y su alteza me mandare.

Partió Sancho a todo el correr de su jumento y llegando ante la hermosa señora, se apeó del rucio y se postró de hinojos:

—Hermosa señora—dijo respetuosamente—, aquel caballero que allí se parece, llamado el Caballero de la Triste Figura, es mi amo y yo un escudero suyo, a quien llaman en su casa Sancho Panza; este tal Caballero de la Triste Figura envía por mí a decir a la vuestra grandeza sea servida darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga a poner en

obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir a vuestra encumbrada hermosura y altanería.

—Levantaos del suelo—dijo la hermosa señora—, que escudero de tan gran caballero como lo es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hijos; levantaos, amigo, y decid a vuestro señor que venga muy enhorabuena a servirse de mí y del duque, mi marido, en una casa de placer que aquí cerca tenemos. Ir, pues, y decid a vuestro señor que sea bienvenido a mis estados.

Regresó Sancho alborozado adonde su amo le esperaba y le contó con toda suerte de encarecimientos lo que la duquesa le había dicho.

Callado y orondo picó espuelas a «Rocinante» Don Quijote y acercáronse a los cazadores.

La duquesa y el duque, que ya estaban en antecedentes de la locura de Don Quijote, recibieron con gran cortesía y ceremonial al andante caballero. Así que llegó éste, se apeó de su cabalgadura ayudado por Sancho, pero con tan mala fortuna, que enredándose en el arzón, sufrió una ridícula y espectacular caída. Ayudáronle a levantarse, y el duque (que apenas podía contener la risa), no consintiendo que Don Quijote se arrojara, fué a él y le abrazó, diciéndole:

—A mí me pesa, señor Caballero de la Triste Figura, que la primera que vuestra merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como la que se ha visto. Pero, descuidos de escuderos suelen ser causa de peores sucesos.

—El que yo he terido en veros, valeroso príncipe—respondió Don Quijote—, es imposible ser malo, aunque mi caída no parase hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto.

Imposible era ganar a Don Quijote en punto a cortesía. Un rato estuvieron todavía dedicándose mutuos cumplidos, y al cabo marcharon todos al castillo del duque. Por orden de éste se preparó a Don Quijote un tan fastuoso y apoteósico recibimiento, que con razón pensó entonces ser un caballero verdadero y no fantástico, viéndose tratar como a los caballeros andantes trataron

en los pasados siglos. Criados, palafraneros, doncellas y un enorme gentío con profusión de trajes y funciones, le aclamaron a su llegada, diciendo:

—¡Bienvenido sea la flor y nata de los caballeros andantes!

Imposible es describir hasta qué punto se extremó la cortesía y solicitud de los duques en festejar y agasajar a caballero y escudero. Seis doncellas desarmaron a Don Quijote y le sirvieron de pajes, afeccionadas por los duques para que le trataran como un gran caballero andante. Doce pajes y un maestraza le llevaron al comedor, donde riquísimas y apetitosas viandas le esperaban. Extremaron los duques las gentilezas, queriendo socarronamente hacerles vivir una extraordinaria y novelesca vida durante el tiempo que estuvieran con ellos. Sancho, acosado a preguntas por la duquesa, que no se hartaba de oír sus gracias y donaires, con su gracejo y abundante charla sembrada de refranes y dichos populares, les entretuvo durante el ágape.

—Soy —decía— quien, júntate a los buenos y serás uno de ellos; y soy yo de aquellos no con quien naces sino con quien paces y de los que a buen señor se arriba buena sombra le cobija; yo me he arrimado a buen señor y ha muchos meses que ando en su compañía y he de ser otro como el Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí insulas que gobernar.

—No por cierto, amigo Sancho—replicó el duque—, que yo, en nombre del señor Don Quijote, os mando al gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho—ordenóle Don Quijote—. Y besa los pies de su excelencia por la merced que te ha hecho.

Y así lo hizo el buen escudero, que no cabía dentro de sí, de puro gozo.



Los duques, que no cesaban ni un momento de alabar y sorprender a Don Quijote y su escudero, después de una agitada jornada de montería, invitaron a ambos a descansar en un her-

moso cenador que cerca del castillo había. Allí estuvieron un buen rato, escuchando las discretas razones de Don Quijote y las majaderías de Sancho.

—Haya lo que hubiere—dijo este último, concluyendo un discurso que su ambición había suscitado—que al buen pagador no le duelen prendas; y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga: tripas llevan pies, que no pies tripas, quiero decir que si Dios me ayuda y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un genifalte; sino, pónganme el dedo en la boca y verán si aprieto o no.

—¡Maldito seas de Dios y de todos sus Santos, Sancho maldito!—dijo Don Quijote, airado por aquella caterva de refranes—. ¿Y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada?

Intervinieron los duques para sosegar los ánimos, y en éstas estaban cuando pareció que el bosque entero ardía en llamas y se escuchó un horrisono estruendo de trompetas, tambores, chirimías y mil desconcertantes ruidos que pusieron en espanto a las gentes.

Oyóse el sonido ronco y espantoso de un cuerno y apareció ante los atónitos ojos de los circunstantes un postillón vestido de diablo. El duque (que había tramado toda aquella farsa) preguntó, simulando espanto:

—Hola, hermano correo. ¿Quién sois, adónde vais y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?

—Yo soy el diablo—respondió el interrogado con voz horripsona y desenfadada—, y voy a buscar a Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene con seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen a la sin par Dulcinea: encantada viene con el gallardo francés Montesinos a dar orden a Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la señora.

—Si vos fuéades diablo, como decís y vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero Don Quijote, pues le tenéis delante.

—En Dios y en mi conciencia—respondió el diablo—que no

miraba en ello, porque tengo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal a que venía se me olvidaba.

—Sin duda—dijo Sancho, admirado—que este demonio debe ser hombre de bien y buen cristiano, porque a no serlo no juraría «en Dios y en mi conciencia»; ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.

—A ti—clamó entonces el diablo, dirigiéndose a Don Quijote—Caballero de la Triste Figura, me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga, que lo esperes en el mismo lugar que te topare, a causa de que trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte lo que es menester para desencantarla.

Y tocando el desaforado cuerno, dió media vuelta y desapareció. Quedáronse todos suspensos y perplejos. Cañonazos, bocinas, trompetas, ayes, tambores, tiros... comenzaron a sonar con atronador ruido. Oyóse un ruido como el chirriar de las carretas de butres. Sancho sufrió un desmayo, y cuando, merced a un oportuno jarro de agua, volvió en sí, vió con espantados ojos que ante ellos se paraba un gran carromato tirado por cuatro perezosos bueyes cubiertos de paramentos negros. Llevaban en cada cuerno un kacha encendida, y sobre un solio que sustentaba el carro, hallábase un venerable anciano de luenga barba blanca, el cual, al llegar frente a ellos, se levantó y con misteriosa voz dijo:

—Yo soy el sabio Lirgandeo.

Pasó éste y vino otro del mismo estilo, quien a su vez dijo:

—Yo soy el sabio Aiquife, el gran amigo de Urganda la Desconocida.

Otro carro del mismo jaez; pero su ocupante era no un viejo, sino un hombrón robusto y malencarado que afirmó:

—Yo soy Arcalaris el encantador enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela.

Cuando hubo pasado este última carro, cesó el horriblo ruido y oyóse una suave y melodiosa música que alivió a todos y singularmente al amedrentado Sancho.

—Señora—respiró el buen escudero—, donde hay música no puede haber cosa mala.

Al compás de aquella agradable música, venía en efecto un carro triunfal, tirado por seis mulas pardas en las que cabalgaban seis disciplinantes vestidos de blanco. El carro era inmenso y llevaba otros doce disciplinantes dentro dando escolta a un levantado trono en cuya cúspide venía sentada una ninfa, vestida de un argentado y sutil velo, sembrado de lentejuelas. Junto a ella venía una larga e imponente figura, toda de negro hasta los pies vestida, que al acercarse al carro y detenerse ante el grupo de espectadores, desprendióse del velo que la cubría apareció con todas las trazas de la muerte. La imponente figura habló:

—Yo soy Merlin (aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo...)

Después de presentarse él, presentó a la ninfa, que resultó ser la encantadora Dulcinea, y dió la fórmula para desencantarla, diciendo:

—que para recobrar su estado primo³
la sin par Dulcinea del Toboso,
es menester que Sancho, tu escudero,
se dé tres mil azotes y trescientos
en ambas sus valientes posaderas
al aire descubiertas y de modo
que le escuezan, le amarguen y le enfaden...

Tan mal le sentó esto a Sancho, que se negó en redondo a aplicarse tan innecesaria penitencia y fueron necesarias amenazas, ruegos y súplicas de Don Quijote, los duques, Merlin y la ninfa para que, resignado y mal contento, accediese a tan extraño modo de desencantar Dulcineas.

* * *

Un día, estando conversando amo y escudero con los duques en el jardín, presentóse a aquéllos una nueva aventura. Tratábase de una nueva farsa inventada por los duques, que fué llevada a cabo por sus más despiertos servidores.

Estando, pues, en el jardín, entró Trifaldín, escudero de la duquesa Trifaldi, acompañado de dos enlutados que hicieron sonar sendos tambores para atraer la atención de los presentes. Pidió Trifaldín audiencia para su señora la condesa Trifaldi (más conocida como la Dueña Dolorida) y, concedida por los duques la audiencia, marchóse para volver de allí a poco, en su compañía, y todas llevaban cubierto el rostro por un tupido velo.

Ante la atención de los circunstantes, la Dueña Dolorida, que decía venir en busca de Don Quijote, único apoyo y remedio de sus desventuras, púsose a referir sus cuitas. Según su relato, existía en tierras lejanas un reino (llamado Candalja) que regía la reina Maguncia, tenía ésta una hija, Autonomasia, hermosa cual ninguna, a la que servía como azafata la Dueña Dolorida. Y había en la corte un joven, llamado Clavijo, que se enamoró de Autonomasia; pero como la princesa no se podía casar con un caballero particular, en vano Clavijo se esforzaba en perseguir y amar a Autonomasia. No obstante, la condesa Trifaldi le proporcionó el medio de llevar a término aquellos amores y le introdujo en el apuro de Autonomasia cuantas veces quiso. Se casaron y al saberlo Maguncia, que quería desposar a su hija con un alto y poderoso príncipe, se murió de tristeza y enojo. Y entonces, el gigante Malambrino, primo hermano de Maguncia y poderoso encantador, en venganza de la infidelidad de las dueñas que habían permitido aquello, y del desacato de los enamorados, convirtió a éstos en figuras de piedra e hizo nacer barbas en el rostro de la condesa Trifaldi y todas las demás dueñas. Al referir esto último, quitáronse todas los velos y aparecieron en cada una de las caras luengas y floridas barbas. Suspensos y aterrados quedaron cuantos aquello vieron, y entonces, la Dueña Dolorida postróse ante Don Quijote rogándole le ayudara en aquel trance: todo lo que tenía que hacer el valeroso y andante caballero era pelear y vencer en singular combate con Malambrino, pues, según este último había predicho sólo así se podía romper el encantamiento de Autonomasia y Clavijo y desaparecer las barbas de las dueñas. Añadió el gigante en su profecía que si la condesa Trifaldi tenía la ventura de hallar al caballero de la

Mancha, él enviarla para recogerle el caballo «Clavileño»: un maravilloso corcel de madera, que se mueve merced a una clavija del cuello, y que ni come, ni duerme, ni gasta herraduras y vuela por el aire sin tener alas.

Accedió Don Quijote y trajeron el caballo. Sancho se resistía mentar en él; pero al fin los ruegos y amenazas le obligaron a hacerlo. Vendaron los ojos a Don Quijote y a Sancho, para que la altura y la inmensidad del espacio no les mareara y desvaneciera. Sobre «Clavileño» ya, Don Quijote oprimió la clavija que ponía en marcha al caballo y los circunstantes, que apenas podían aguantar la risa, comenzaron a gritar:

—¡Dios te guíe, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta; ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando...

En esto, prendieron fuego con unas estopas a «Clavileño», él aligeró, y como estaba por dentro lleno de cohetes, estalló al punto, lanzando a ambos jinetes por el aire. Cuando se levantaron, molidos y espantados y se despojaron de las vendas, vieron con sorpresa que todos, duques y servidores, yacían en el suelo desmayados. Había una lanza hincada en el suelo y en ella un pergamino que decía:

«El inclito caballero Don Quijote de la Mancha, feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, con sólo intentarla.

«Malambrino se da por contento y satisfecho a toda su voluntad y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas y los reyes don Clavijo y doña Autonomasia en su pristino estado.»

* * *

Al día siguiente del vuelo sobre «Clavileño», los duques cumplieron por fin la promesa que le hicieron a Sancho, y salió éste, acompañado de gran cortejo de alguaciles, soldados y pajes, para la Insula Barataria, donde los insulanos le recibieron con grandes muestras de júbilo y deferencia. Una comisión, mientras las cam-

panas tocaban a vuelo, le entregó las llaves de la ciudad y le admitió por gobernador perpetuo de la Insula.

Diariamente a él casos que, como gobernador y en el ejercicio de su potestad judicial, debía resolver. Algunos, de intento provocados por los duques, tenían como fin exclusivo ponerle en aprietos y si fuera posible en ridículo. Pero fué tanta la prudencia que mostró Sancho en todos sus fallos y tan depurado su espíritu de justicia, que tales intentos fracasaron, y todos, duques e insulanos y hasta el propio Don Quijote, quedaron maravillados de la discreción y afinado juicio de aquel rústico y nunca visto Salomón.

Estando una vez en la audiencia administrando justicia apareció una mujer, asida fuertemente de un ganadero rico, la cual dijo a grandes voces:

—Justicia, señor gobernador: justicia, y si no la hallo en la tierra la iré a buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de ese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado y ¡desdichada de mí!, me han llevado lo que yo tenía guardado más de veintitrés años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoco, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, para que este hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme.

—Aun eso está por averiguar, si tiene limpias o no las manos este galán—dijo Sancho. Y volviéndose al hombre, le preguntó qué respondía a la querrela de aquella mujer.

El ganadero, todo turbado, replicó:

—Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía de este lugar, de verider (con perdón sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y localifias poco menos de lo que ellos valían; volvíame a mi aldea, topé en el camino a esta buena dueña y el diablo, que todo lo arrasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos; páguele lo suficiente y ella, mal contenta, asió de mí y no me ha dejado hasta traerme

a este puesto: dice que la forcé y miente para el juramento que hago o pienso hacer; y ésta es toda la verdad sin faltar miaja.

Quedóse un momento pensativo Sancho, y después dijo al ganadero que si traía algún dinero en plata se lo diese a la mujer. Así lo hizo, entregando a la cuitada una bolsa de cuero con más de veinte ducados; así que ésta lo tomó, haciendo mil zalemas y rogando a Dios por la salud del gobernador que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, se salió del juzgado, llevando la bolsa bien cogida con entreambas manos. Apenas salió cuando Sancho dijo al ganadero:

—Buen hombre, id tras aquella mujer y quitadle la bolsa aunque no quiera y volved aquí con ella.

Y no lo dijo ni a tonto ni a sordo, porque al instante partió como un rayo a lo que se le mandaba. De allí a poco, entre la expectación de los que allí estaban volvieron el hombre y la mujer más anidos y aferrados que la vez primera.

—¡Justicia de Dios y del mundo!—clamaba la mujer defendiendo denodadamente la bolsa—. Mire vuestra merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor de este desalmado, que en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme.

—¿Y os la ha quitado?—preguntó Sancho.

—¿Cómo quitar?—respondió la mujer—. Antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa; bonita es la niña; otros gatos me han de echar a las barbas que no este desventurado y asqueroso.

—Ella tiene razón—corroboró el hombre—, y yo me doy por rendido y sin fuerzas y confieso que las mías no son bastante para quitársela y déjola.

Entonces el gobernador dijo a la mujer:

—Mostrad honrada y valiente esa bolsa.

La mujer se la entregó a Sancho y Sancho se la devolvió a su primitivo dueño, mientras decía a la esforzada y no forzada:

—Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, lo mostráredes para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad

con Dios y muy enhoramala y no paréis en toda esta insula, ni en seis leguas a la redonda, so pena de doscientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaladora.

Espantóse la mujer y fuese cabizbaja y malcontenta y el gobernador dijo al ganadero:

—Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar y con vuestro dinero y de aquí en adelante, si no le queréis perder, no os venga en voluntad de jugar con nadie.

* * *

Una noche, estando Sancho durmiendo, le despertó un estruendo de campanas y voces, tambores y clarines. Levantóse en camisa, como estaba, se calzó una chicuelas y cuando fué a ver qué podía ser aquello, un tropel de gente con teas encendidas y espadas desenvainadas entró en su aposento gritando:

—¡Arma, arma, señor gobernador! ¡Arma, que han entrado infinitos enemigos en la insula y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!

El pobre escudero, que se vela en aquel trance tan contrario a su naturaleza, estaba muerto de miedo. Los que habían entrado le pusieron, a modo de armadura, sobre la camisa, dos grandes paveses, uno delante y otro detrás; por unos huecos sacó los brazos y le ataron bien los paveses con unas cuerdas, de forma que quedó como emparadado, sin poder moverse ni doblar las rodillas. Intentó andar y dió con toda su humanidad en el suelo. El trájín y movimiento de todos cuantos allí estaban, los gritos, las voces... todo en fin, aturdió a Sancho, que, para colmo de sus males, se vió pisoteado y molido por todos cuantos por allí pasaron; no sabría decirnos si cuanto tiempo duró aquella batalla que se libró contra su desmayado cuerpo más que contra verdaderos o pretendidos enemigos. Al fin, oyéronse voces:

—¡Victoria, victoria! Los enemigos van de vencida. Ea, señor gobernador, levántese vuestra merced y venga a gozar del vencimiento...

Ayudáronle a levantarse y quitándole los paveses le tendieron

sobre el lecho. Un buen rato se estuvo el magnánimo escudero descansando de aquel quebranto y al fin preguntó la hora. Amanecía. Se vistió lentamente sus desvencijadas ropas de escudero y lléndose a la caballeriza se puso a enjaezar a su rucio, mientras le decía con voz triste y resignada:

—Venid vos acá, compañero y amigo mío... cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, dichosos eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma pderito mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

Abrazó al jumento y montando después en él, dijo a cuantos le escuchaban, alguaciles, capitanes y magistrados a su servicio:

—Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que no resucite esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender insulas, ni ciudades... Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador... Vuestra mercedes se queden con Dios y digan al duque, mi señor, que desnudo nací, y desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo; bien al revés de cómo suelen salir los gobernadores de otras insulas...

LA ÚLTIMA AVENTURA DE DON QUIJOTE

Pareció a Don Quijote que debía salir de aquella vida de ociosidad y regalo que en la corte de los duques llevaba y así que volvió Sancho, arrepentido de su ambición, ya que no fracasado, despidióse de sus tan generosos como burlones huéspedes.

Encamináronse caballero y escudero a la Ciudad Condal y un buen día, estando en una de las playas barcelonesas, vió Don Quijote venir hacia sí un rozagante caballero, armado de pies a cabeza y que llevaba en su escudo una resplandeciente y blanquísima media luna.

—Insigne caballero—dijo el recién llegado—, y jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha: yo soy el caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria: vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar, que mi dama, sea quien fuera, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que, dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y te retires a tu lugar por tiempo

de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará a tu discreción mi cabeza y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo.

Aceptó Don Quijote el desafío y ante la expectación de los curiosos, tomaron campo. Y como quiera que el caballo del caballero de la Blanca Luna era mucho más recio y veloz que el flaco «Rocinante», a la primera acometida cayó Don Quijote con su rocín a tierra. Descendió de su montura el caballero de la Blanca Luna y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido por la calda, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo por cierto—respondió el caballero de la Blanca Luna, admirado y conmovido a un tiempo por la hidalguía de Don Quijote—. Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el grande Don Quijote se retire a su lugar un año o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concerta, más antes de entrar en esta batalla.

Y diciendo esto, montó de nuevo su corcel y se marchó. El caballero de la Blanca Luna no era otro que el bachiller Sansón Carrasco.

* * *

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres y como la de Don Quijote no

tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento, cuando él menos lo esperaba. Y fué que, habiendo vuelto ya de sus andanzas y proyectando hacer en todo aquel año de pasividad impuesta, vida pastoral, a poco de llegar a su aldea, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces, del cura, del bachiller y del barbero, sin quitársele de la cabecera Sancho, su buen escudero. Y al séptimo día, después de haber dormido largas horas, despertó dando una gran voz:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límites, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Extrañóse la sobrina, que estaba presente, de aquellas tan cristianas razones y le preguntó:

—¿Qué es lo que vuestra merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias—respondió Don Quijote—, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo; a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer ninguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo que diera a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmad esta verdad con mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

En aquel momento entraron los tres, y al verlos, exclamó el hidalgo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costum.

bres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería, ya conozco mi necesidad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino.

Admirados quedaron todos de su cordura, y el cura, después de haberle confesado, comentó:

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno.

Hizo su testamento y se despidió de todos, diciendo a su escudero:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

Aun dijo algunas palabras más y después de recibir los Santos Sacramentos, exhalando un profundo suspiro, entregó su alma a Dios.

... Y ESTE FUE EL PRINCIPIO DEL FIN

Todas las grandes
creaciones de
JORGE NEGRETE
en
CANCIONERO
de



JORGE NEGRETE 1'50 ptas.

El peñón de las ánimas - Cuando quiere un mejicano
Así se quiere en Jalisco - El rebelde - ¡Ay, Jalisco, no
te rajes! y los grandes éxitos Los tres caballeros y Los
últimos de Filipinas, etc.

JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA

Diego Banderas - México de mis amores - Así se quiere
en Jalisco - La madrina del diablo
y todos los éxitos del momento

JORGE NEGRETE y sus nuevos éxitos

Me he de comer esa tuna - Una carta de amor - Perjura, etc.

JORGE NEGRETE, IRMA VILA y TITO GUIZAR

Seda, sangre y sol - Hasta que perdió Jalisco - Qué lindo
es Michoacán - Mexicana

JORGE NEGRETE

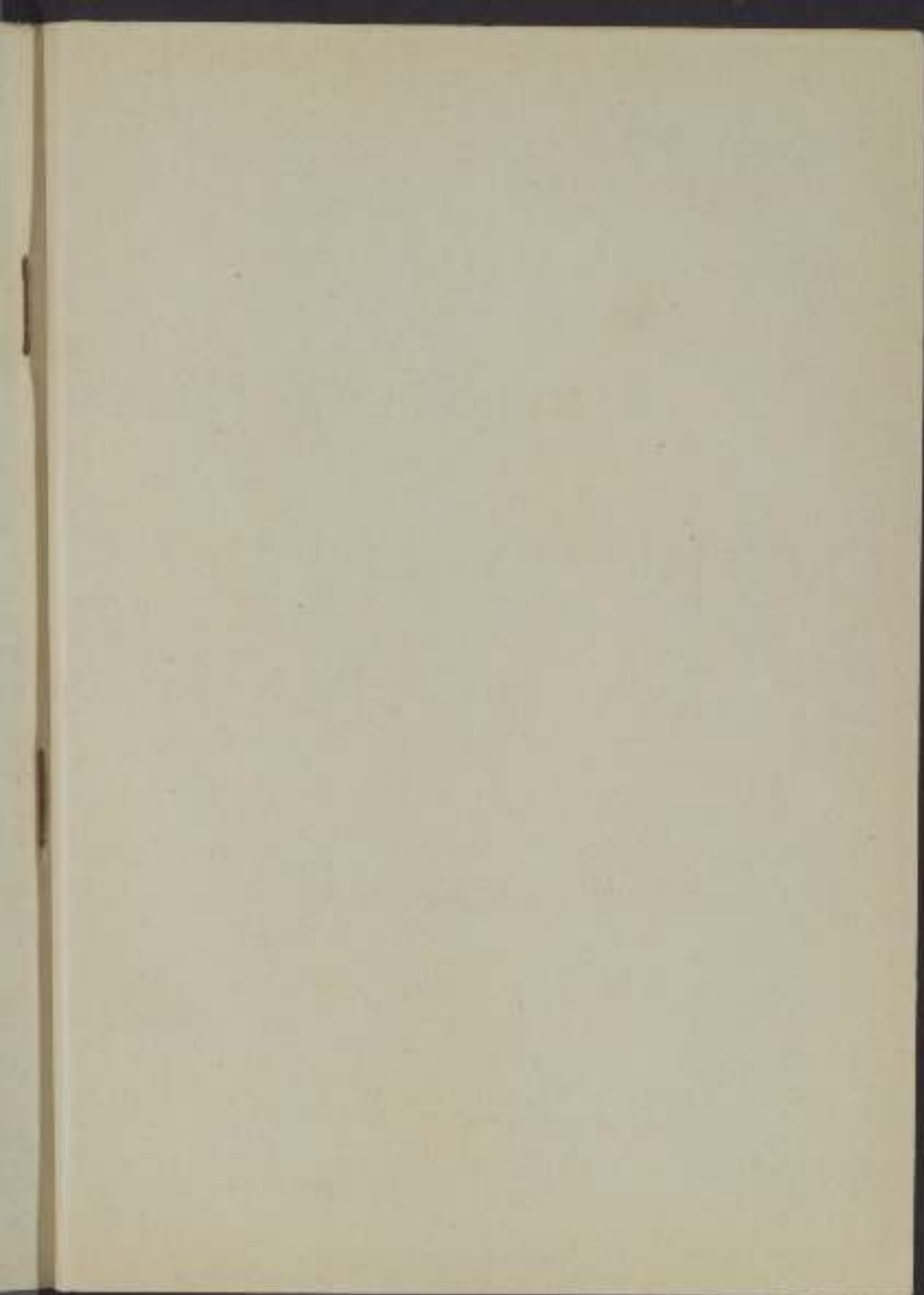
Canciones mexicanas

Una peseta

JORGE NEGRETE Selecciones

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3'50 ptas.

Cuando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco
Diego Banderas - Perjura - La madrina del diablo
Seda, sangre y sol - Una carta de amor - ¡Ay, Jalisco,
no te rajes! - Camino de Sacramento - La venganza de
Lagardere - Genio y Figura (Biografía de JORGE NEGRETE)



1924 - 1948

¡¡ Acontecimiento !!

Commemoración literaria del XXV aniversario
de **BIBLIOTECA FILMS**
con la publicación de

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rafael RIVELLES

Sarita MONTIEL

Juan CALVO

del príncipe de las letras hispanas
Miguel de Cervantes Saavedra

Alarde artístico de la
cinematografía nacional Precio: **4 Ptas.**

Producción **CIFESA**

4 ptas.

200.000 letras; 88 páginas de texto
y 16 fotografías ilustran este volumen